

Henry James

La Bestia
en la Jungla

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA BESTIA EN LA JUNGLA

HENRY JAMES

**PUBLICADO: 1903
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

Lo que determinó la frase que lo sobresaltó en el transcurso de su encuentro apenas importa, siendo probablemente tan solo algunas palabras pronunciadas por él mismo sin ninguna intención —pronunciadas mientras deambulaban juntos lentamente tras la renovación de su conocimiento. Sus amigos lo habían conducido una hora o dos antes a la casa donde ella se hospedaba; el grupo de visitantes de la otra casa, del que él formaba parte, y gracias al cual sostenía su teoría habitual de perderse entre la multitud, había sido invitado a almorzar. Tras el almuerzo se produjo una gran dispersión, toda ella en aras del motivo original, la contemplación de Weatherend en sí mismo y de las cosas bellas, los rasgos intrínsecos, los cuadros, las reliquias familiares, los tesoros de todas las artes que hacían del lugar algo casi famoso; y las grandes salas eran tan numerosas que los invitados podían deambular a su antojo, rezagarse respecto al grupo principal y, en los casos en que se tomaban tales asuntos con toda la seriedad del mundo, entregarse a apreciaciones y mediciones misteriosas. Había personas que podían observarse, solas o en parejas, inclinadas sobre objetos en rincones apartados, con las manos sobre las rodillas y la cabeza cabeceando casi con el énfasis de un olfato sobreexcitado. Cuando eran dos, o bien mezclaban sus exclamaciones de éxtasis o se disolvían en silencios de importancia aún mayor, de tal modo que había aspectos de la ocasión que le conferían a Marcher mucho el aire de «echar un vistazo» previo a una subasta muy anunciada, que excita o apaga, según el caso, el sueño de la adquisición. El sueño de la adquisición en Weatherend habría tenido que ser de lo más desafortado, y John Marcher se encontró, en medio de tales sugerencias, desconcertado casi por igual ante la presencia de quienes sabían demasiado y ante la de quienes no sabían nada. Las grandes salas le hacían sentir tal peso de poesía e historia que necesitaba apartarse un poco para establecer con ellas una

relación apropiada, aunque ese impulso no era, como ocurría, equiparable a los movimientos de un perro husmeando un armario, como el de algunos de sus compañeros entregados a su codicia. Tuvo salida con la suficiente prontitud en una dirección que no habría podido calcularse.

Llevó, en pocas palabras, en el transcurso de aquella tarde de octubre, a su encuentro más estrecho con May Bartram, cuyo rostro, un recuerdo aunque no del todo un recuerdo preciso, mientras estaban sentados muy separados en una mesa muy larga, había empezado por inquietarlo de un modo más bien placentero. Le afectaba como la continuación de algo de lo que había perdido el comienzo. Lo reconocía, y por el momento lo acogía de buen grado, como una continuación, pero no sabía qué era lo que continuaba, lo cual era un interés o una diversión tanto mayor cuanto que era asimismo vagamente consciente — sin ninguna señal directa de ella — de que la joven no había perdido el hilo. Ella no lo había perdido, pero no se lo devolvería, advirtió, sin que él extendiera la mano para tomarlo; y no solo vio eso, sino también varias cosas más, cosas bastante extrañas a la luz del hecho de que, en el momento en que algún accidente en la distribución del grupo los puso cara a cara, él aún no hacía más que tantear la idea de que cualquier contacto entre ellos en el pasado no habría tenido importancia alguna. Si es que no la había tenido, apenas sabía por qué su impresión actual de ella parecía tener tanta; la respuesta, sin embargo, era que en una vida como la que todos parecían llevar en ese momento uno no podía sino tomar las cosas como venían. Estaba convencido, sin poder decir en absoluto por qué, de que aquella joven podría haber ocupado más o menos el lugar de una pariente pobre en aquella casa; convencido también de que no estaba allí de visita breve, sino que formaba parte, poco más o menos, del establecimiento — casi una parte activa, remunerada. ¿No gozaba acaso por temporadas de una protección que pagaba ayudando, entre otros servicios, a mostrar el lugar y explicarlo, a tratar con las personas molestas, a responder preguntas sobre las fechas de la construcción, los estilos de los muebles, la autoría de los cuadros, los rincones preferidos del fantasma? No era que tuviera el aspecto de alguien a quien se le pudiera dar unos chelines — era imposible tener menos ese aspecto. Sin embargo, cuando al fin se acercó a él, visiblemente hermosa aunque mucho más mayor — más mayor de lo que era cuando él la había visto antes —, podría haber sido como efecto de que ella adivinara que él, en el par de horas transcurridas, le había dedicado más imaginación que a todos los demás juntos, y que gracias a ello había pene-

trado en cierta clase de verdad para la que los demás eran demasiado torpes. *Ella* estaba allí en condiciones más duras que cualquier otro; estaba allí como consecuencia de cosas sufridas, de un modo y de otro, en el intervalo de los años; y lo recordaba muy bien, del mismo modo en que ella era recordada — solo que mucho mejor.

Para cuando al fin llegaron a hablar de este modo, estaban solos en una de las salas — notable por un bello retrato sobre la chimenea — de la que sus amigos se habían marchado, y el encanto de la situación residía en que incluso antes de hablar habían acordado prácticamente entre ellos quedarse rezagados para conversar. El encanto, felizmente, estaba también en otras cosas — en parte en que apenas había un rincón en Weatherend sin algo que invitara a rezagarse. Estaba en el modo en que la tarde de otoño se asomaba a los altos ventanales al ir declinando; en el modo en que la luz rojiza, quebrándose al atardecer bajo un bajo y sombrío cielo, se extendía en un largo haz y jugaba sobre viejos paneles de madera, viejos tapices, viejos oros, viejos colores. Estaba sobre todo, quizás, en el modo en que ella se acercó a él como si, una vez designada para tratar con el tipo más sencillo de visitante, él pudiera, si quería seguir reduciendo todo, considerar su leve atención como parte de sus obligaciones generales. Pero en cuanto oyó su voz, la laguna quedó colmada y el eslabón perdido restituido; la leve ironía que él adivinaba en su actitud perdió su ventaja. Casi saltó hacia ella para llegar antes. — Te encontré hace años y años en Roma. Lo recuerdo todo. — Ella confesó su decepción — había estado tan segura de que no era así; y para demostrar cuán bien lo recordaba él se puso a referir los recuerdos particulares que le afloraban a medida que los invocaba. El rostro y la voz de ella, ahora completamente a su servicio, obraron el milagro — la impresión actuaba como la antorcha de un farolero que va encendiendo uno a uno una larga fila de mecheros de gas. Marcher se ufano de que la iluminación era brillante, pero en realidad se sintió aún más complacido cuando ella le mostró, divertida, que en su prisa por poner todo en orden había equivocado casi todo. No había sido en Roma — había sido en Nápoles; y no había sido ocho años antes — había sido más bien diez. Ella tampoco había estado con su tío y su tía, sino con su madre y su hermano; además, él no había ido con los Pemble sino con los Boyer, que habían bajado con ellos desde Roma — punto en el que ella insistió, con cierta confusión para él, y del que tenía pruebas a mano. A los Boyer los había conocido ella, pero no a los Pemble, aunque había oído hablar de ellos, y eran las personas con quienes él estaba

quienes los habían presentado. El incidente de la tormenta que había rugido a su alrededor con tal violencia que los obligó a refugiarse en una excavación —ese incidente no había ocurrido en el Palacio de los Césares, sino en Pompeya, en una ocasión en que habían presenciado allí un hallazgo importante.

Él aceptó sus correcciones, disfrutó con sus enmiendas, aunque la moraleja de todas ellas era, como ella señaló, que en realidad no recordaba lo más mínimo de ella; y solo sintió como un inconveniente que, cuando todo quedó rigurosamente reducido a historia, no pareciera quedar gran cosa. Siguieron juntos un rato más, ella descuidando sus obligaciones — pues desde el momento en que él era tan perspicaz no tenía ningún derecho sobre él— y ambos descuidando la casa, limitándose a esperar a ver si uno o dos recuerdos más no volverían a soplar sobre ellos. En realidad no les había llevado muchos minutos, al fin y al cabo, poner sobre la mesa, como las cartas de una baraja, las que constituían sus respectivas manos; solo que lo que resultó fue que la baraja no era, por desgracia, perfecta —que el pasado, invocado, incitado, alentado, naturalmente no podía darles más de lo que tenía. Los había reunido en la antigüedad —a ella con veinte años, a él con veinticinco; pero nada era tan extraño, parecían decirse mutuamente, como que, en tanto que estuvieron ocupados en ello, no hubiera hecho un poco más por ellos. Se miraban como con la sensación de una ocasión perdida; el presente habría sido tan superior si el otro, en la lejanía, en tierra extraña, no hubiera sido tan estúpidamente mezquino. No había, según todos los indicios, más de una docena de pequeñas y viejas cosas que habían logrado ocurrir entre ellos; trivialidades de juventud, simplicidades de frescura, estupideces de ignorancia, pequeños gérmenes posibles, pero demasiado profundamente enterrados —demasiado profundamente (¿no era así?) para brotar después de tantos años. Marcher solo podía sentir que debería haberle prestado algún servicio —haberla salvado de una barca volcada en la bahía o al menos haberle recuperado el bolso de viaje, que le había robado de un coche en las calles de Nápoles un *lazzarone* con un estilete. O habría estado bien que lo hubieran atacado unas fiebres a solas en su hotel, y ella podría haber venido a cuidarle, a escribir a su familia, a llevarlo en coche durante la convalecencia. *Entonces* habrían estado en posesión de algo que su actual exhibición parecía no tener. Sin embargo, de algún modo esa exhibición se presentaba como demasiado buena para arruinarla; de modo que se vieron reducidos durante unos minutos más a preguntarse algo

impotentes por qué —ya que parecían conocer a un cierto número de personas en común— su reencuentro se había demorado tanto. No usaban ese nombre para ello, pero su dilación de minuto en minuto para reunirse con los demás era una especie de confesión de que no querían del todo que fuera un fracaso. Su intento de suponer razones para no haberse encontrado no hacía más que mostrar cuánto ignoraban el uno del otro. Llegó de hecho un momento en que Marcher sintió una punzada positiva. Era vano pretender que ella era una vieja amiga, pues faltaban todas las afinidades, a pesar de lo cual él veía que ella habría encajado con él como vieja amiga. Tenía suficientes amigos nuevos —estaba rodeado de ellos, por ejemplo, en el escenario de la otra casa; como amigo nuevo probablemente no se habría fijado en ella en absoluto. Le habría gustado inventar algo, convencerla de que simulara con él que algún pasaje de índole romántica o crítica *había* ocurrido en su día. En realidad casi extendía la mano en su imaginación —contra el tiempo— en busca de algo que sirviera, diciéndose que si no lo encontraba este esbozo de nuevo comienzo se revelaría bastante torpemente chapucero. Se separarían, y ahora sin segunda ni tercera oportunidad. Habrían intentado y no habrían logrado nada. Fue entonces, justo al giro, como él mismo lo reconstruyó más tarde, que, al fallar todo lo demás, ella misma decidió hacerse cargo del asunto y, por así decirlo, salvar la situación. Él sintió, en cuanto ella habló, que había estado reteniéndose conscientemente de lo que dijo, esperando poder prescindir de ello; un escrúpulo en ella que lo conmovió enormemente cuando, al cabo de tres o cuatro minutos más, pudo calibrarlo. Lo que ella sacó a relucir, en todo caso, despejó el ambiente del todo y proporcionó el eslabón —el eslabón que tan extrañamente había logrado perder de forma tan frívola.

—Sabes que me dijiste algo que nunca he olvidado y que una y otra vez me ha hecho pensar en ti desde entonces; fue aquel día tremendamente caluroso cuando fuimos a Sorrento, al otro lado de la bahía, a tomar el fresco. Lo que menciono es lo que me dijiste a la vuelta, mientras estábamos sentados bajo el toldo del barco disfrutando del frescor. ¿Lo has olvidado?

Lo había olvidado, y estaba más sorprendido que avergonzado. Pero lo más importante era que en esto no veía ningún recordatorio vulgar de alguna frase «dulce». La vanidad de las mujeres tiene larga memoria, pero ella no le hacía ninguna reclamación de cumplido ni de error. Con otra mujer, completamente distinta, podría haber temido el recuerdo de algo posible-

mente incluso alguna «declaración» imbécil. De modo que, al tener que decir que en efecto lo había olvidado, se sentía consciente más de una pérdida que de una ganancia; ya veía un interés en el asunto al que ella aludía.

—Intento recordarlo, pero me rindo. Sin embargo, recuerdo el día de Sorrento.

—No estoy muy segura de que lo recuerdes —dijo May Bartram al cabo de un momento—; y no estoy muy segura de que deba querer que lo recuerdes. Es espantoso traer a alguien de vuelta en cualquier momento a lo que era diez años antes. Si te has alejado de eso —sonrió—, mejor que mejor.

—Ah, pero si *tú* no te has alejado, ¿por qué debería yo? —preguntó él.

—¿Alejarte, quieres decir, de lo que yo misma era?

—De lo que *yo* era. Por supuesto que era un necio —prosiguió Marcher—; pero prefiero saber por ti exactamente qué clase de necio era que —dado que tienes algo en la mente— no saber nada.

Sin embargo, ella vaciló aún.

—¿Pero si has dejado completamente de serlo?

—Pues entonces puedo soportarlo todavía mejor. Además, quizás no lo he dejado.

—Quizás. Pero si no lo has dejado —añadió—, supongo que lo recordarías. No es que yo asocie en lo más mínimo mi impresión con el nombre poco halagüeño que usas. Si solo te hubiera encontrado tonto —explicó—, lo que te menciono no habría permanecido tan vivo en mí. Era sobre ti mismo. —Esperó como si pudiera venirle a él; pero como, limitándose a mirarla a los ojos con asombro, no daba ninguna señal, ella quemó sus naves. —¿Ha sucedido?

Fue entonces cuando, mientras seguía mirándola fijamente, se hizo la luz en él y la sangre le subió lentamente al rostro, que empezó a arder de reconocimiento.

—¿Quieres decir que te dije...? —Pero vaciló, temiendo que lo que le venía a la mente no fuera correcto, que pudiera no hacer más que delatarse.

—Era algo sobre ti mismo que era natural que no se olvidara —es decir, si se te recordaba en absoluto. Por eso te pregunto —sonrió—, si lo que entonces mencionaste ha llegado a ocurrir.

Entonces lo vio, pero estaba perdido en el asombro y se encontró turbado. Eso, como también lo vio, le causaba lástima por él, como si su alusión hubiera sido un error. Sin embargo, no le llevó más de un momento sentir que no lo había sido, aunque sí había sido una sorpresa. Tras el primer pequeño choque, el conocimiento de ella empezó, por extraño que parezca, a saber dulce para él. Ella era la única otra persona en el mundo que lo sabría, y lo había sabido todos esos años, mientras el hecho de haber confiado así su secreto se había borrado inexplicablemente de su memoria. No era de extrañar que no hubieran podido encontrarse como si nada hubiera pasado.

—Creo —dijo al fin— que sé a qué te refieres. Solo que había olvidado de un modo bastante extraño cualquier noción de haberte tomado tan profundamente en mi confianza.

—¿Es porque has tomado en confianza a tantos otros también?

—No he tomado a nadie. A ninguna persona desde entonces.

—¿De modo que soy la única persona que lo sabe?

—La única persona en el mundo.

—Bien —respondió ella rápidamente—, yo misma nunca he hablado. Nunca, nunca he repetido lo que me dijiste. —Lo miró de tal modo que él la creyó perfectamente. Sus ojos se encontraron sobre eso de un modo que le dejó sin duda. —Y nunca lo haré.

Habló con una seriedad que, aunque casi excesiva, lo tranquilizó respecto a una posible burla de su parte. De algún modo la cuestión entera era un nuevo lujo para él —es decir, a partir del momento en que ella estaba en posesión. Si no adoptaba el punto de vista sarcástico, adoptaba claramente el compasivo, y eso era lo que él no había tenido, en todo ese largo tiempo, de parte de nadie en modo alguno. Lo que él sentía era que en ese momento no habría podido empezar a contárselo, y sin embargo podía quizás beneficiarse exquisitamente del accidente de haberlo hecho en el pasado.

—Por favor, no lo hagas entonces. Estamos exactamente como debe ser.

—¡Oh, yo lo estoy —se rió—, si tú lo estás! —A lo cual añadió: —¿Entonces todavía sientes lo mismo?

Era imposible que no tomara para sí mismo el hecho de que ella estaba genuinamente interesada, aunque todo seguía llegando como una sorpresa perfecta. Se había considerado solo durante tanto tiempo, de un modo abominable, y resultaba que no estaba solo en absoluto. No lo había estado, según parecía, ni por una hora —desde aquellos momentos en el barco de Sorrento. Había sido ella la que lo había estado, según le parecía ver al mirarla —ella quien lo había sido por el ingrato hecho de su falta de fidelidad. Contarle lo que le había contado —¿qué había sido eso sino pedirle algo? Algo que ella le había dado, en su caridad, sin que él, con un recuerdo, con un retorno del espíritu, en ausencia de otro encuentro, le hubiera dado ni siquiera las gracias. Lo que le había pedido había sido simplemente, en primer lugar, que no se riera de él. Durante diez años ella no lo había hecho de manera hermosa, y no lo estaba haciendo en ese momento. De modo que tenía una gratitud infinita que recuperar. Solo que para ello debía ver exactamente cómo había aparecido ante ella.

—¿Cuál fue exactamente la explicación que di...?

—¿De cómo te sentías? Vaya, fue muy sencilla. Dijiste que habías tenido desde los primeros tiempos, como la cosa más profunda dentro de ti, la sensación de estar reservado para algo raro y extraño, posiblemente prodigioso y terrible, que iba a ocurrirte tarde o temprano, que llevabas en los huesos el presentimiento y la convicción de ello, y que quizás te aplastaría.

—¿Llamas a eso muy sencillo? —preguntó John Marcher.

Ella lo pensó un momento. —Era quizás porque me parecía, mientras hablabas, que lo entendía.

—¿Lo entiendes? —preguntó él con ansiedad.

De nuevo mantuvo en él sus bondadosos ojos. —¿Sigues teniendo la misma convicción?

—¡Oh! —exclamó impotente. Había demasiado que decir.

—Pase lo que sea —dedujo ella claramente—, todavía no ha llegado.

Él sacudió la cabeza en rendición total ahora. —Todavía no ha llegado. Solo que, ya sabes, no es algo que deba hacer, conseguir en el mundo, por

lo que me distingan o me admiren. No soy tan necio *como* para eso. Sería mucho mejor, sin duda, si lo fuera.

—¿Es algo que simplemente debes sufrir?

—Bueno, digamos que esperar —tener que afrontar, que encarar, que ver irrumpir de pronto en mi vida; posiblemente destruyendo toda conciencia ulterior, posiblemente aniquilándome; posiblemente, por otra parte, solo alterando todo, atacando la raíz de todo mi mundo y dejándome a merced de las consecuencias, sean cuales sean.

Ella lo asimiló, pero la luz en sus ojos continuó sin ser para él de burla alguna.

—¿No es lo que describes quizás tan solo la expectativa —o al menos la sensación de peligro, familiar para tantísima gente— de enamorarse?

John Marcher lo pensó. —¿Me preguntaste eso antes?

—No —entonces no era tan desenvuelta. Pero es lo que se me ocurre ahora.

—Por supuesto —dijo él al cabo de un momento—, se te ocurre. Por supuesto que se me ocurre *a mí*. Por supuesto que lo que me espera puede ser no más que eso. Lo único es —prosiguió— que creo que, si hubiera sido eso, ya lo sabría a estas alturas.

—¿Quieres decir porque te has *enamorado*? —Y luego, como él no hizo más que mirarla en silencio: —¿Te has enamorado, y no ha significado tal cataclismo, no ha resultado la gran aventura?

—Aquí estoy, ya ves. No ha sido abrumador.

—Entonces no ha sido amor —dijo May Bartram.

—Bueno, al menos yo creía que lo era. Lo tomé por eso —lo he tomado hasta ahora. Era agradable, era delicioso, era desgraciado —explicó—. Pero no era extraño. No era lo que mi aventura va a ser.

—¿Quieres algo exclusivamente para ti —algo que nadie más sepa ni *haya* sabido?

—No es cuestión de lo que «quiero» —Dios sabe que no quiero nada. Es solo cuestión de la aprensión que me persigue —con la que vivo día a día.

Lo dijo con tanta lucidez y coherencia que pudo ver cómo seguía imponiéndose. Si antes no había estado interesada, lo estaría ahora.

—¿Es una sensación de violencia inminente?

Evidentemente ahora de nuevo también le gustaba hablar de ello. —No lo pienso como —cuando llegue— necesariamente violento. Solo lo pienso como natural y desde luego sobre todo inconfundible. Lo pienso simplemente como *la cosa*. *La cosa* se revelará por sí misma como natural.

—¿Entonces cómo va a parecer extraña?

Marcher lo reflexionó. —No lo parecerá —para *mí*.

—¿Para quién entonces?

—Bueno —respondió, sonriendo por fin—, para ti, digamos.

—¿Oh, entonces tengo que estar presente?

—Pues ya estás presente —ya que lo sabes.

—Ya veo. —Ella le dio vueltas. —Pero me refiero en la catástrofe.

En esto, durante un minuto, su ligereza cedió paso a su gravedad; fue como si la larga mirada que intercambiaron los mantuviera unidos.

—Solo dependerá de ti —si vigilas conmigo.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella.

—No me abandones ahora —prosiguió él.

—¿Tienes miedo? —repitió.

—¿Te parece que estoy simplemente loco? —siguió él en lugar de responder—. ¿Te parezco simplemente un lunático inofensivo?

—No —dijo May Bartram—. Te entiendo. Te creo.

—¿Quieres decir que sientes cómo mi obsesión —pobre y vieja cosa— puede corresponder a alguna posible realidad?

—A alguna posible realidad.

—¿Entonces *vas* a vigilar conmigo?

Ella vaciló, luego por tercera vez formuló su pregunta. —¿Tienes miedo?

—¿Te dije que lo tenía —en Nápoles?

—No, no dijiste nada de eso.

—Entonces no lo sé. Y me gustaría saberlo —dijo John Marcher—. Tú misma me dirás si lo crees. Si vigilas conmigo lo verás.

—Muy bien entonces. —Ya se habían ido moviendo entre tanto por la sala, y en la puerta, antes de salir, se detuvieron como para el remate definitivo de su entendimiento. —Vigilaré contigo —dijo May Bartram.

CAPÍTULO II

El hecho de que ella «supiera» —supiera y sin embargo no se burlara de él ni lo traicionara— había empezado en poco tiempo a constituir entre ellos un buen vínculo, que se acentuó más cuando, dentro del año que siguió a su tarde en Weatherend, se multiplicaron las ocasiones de encontrarse. El acontecimiento que así promovió esas ocasiones fue la muerte de la anciana señora, su tía abuela, bajo cuya tutela, desde que había perdido a su madre, había encontrado ella en tan gran medida cobijo, y que, aunque no era sino la madre viuda del nuevo heredero de la propiedad, había logrado —gracias a un tono elevado y un temperamento altivo— no perder la posición suprema en la gran casa. La destitución de este personaje solo llegó con su muerte, que, seguida de muchos cambios, supuso en particular una diferencia para la joven en quien la perspicaz atención de Marcher había reconocido desde el principio a una dependiente con un orgullo que podía doler aunque no se erizara. Nada le había resultado más tranquilizador durante mucho tiempo que el pensamiento de que ese dolor debía de haberse calmado en gran medida ahora que la señorita Bartram se encontraba en condiciones de establecer una pequeña casa en Londres. Había adquirido una propiedad, por una suma que hacía ese lujo justo posible, al amparo del testamento sumamente complicado de su tía, y cuando todo el asunto empezó a dirimirse, lo que sin duda llevó su tiempo, ella le hizo saber que el desenlace feliz estaba al fin a la vista. Él la había visto de nuevo antes de ese día, tanto porque ella había acompañado en más de una ocasión a la anciana señora a la ciudad como porque él había hecho otra visita a los amigos que hacían de Weatherend tan cómodamente uno de los atractivos de su propia hospitalidad. Esos amigos lo habían llevado allí de nuevo; él había conseguido allí de nuevo con la señorita Bartram algún apacible alejamiento; y en Londres había logrado persuadirla de más de una breve ausencia junto a

su tía. Fueron juntos, en estas últimas ocasiones, a la National Gallery y al South Kensington Museum, donde, entre vividos recuerdos, hablaban de Italia en general —sin intentar ya recuperar, como al principio, el sabor de su juventud y su ignorancia. Esa recuperación, el primer día en Weatherend, había cumplido bien su propósito, les había dado suficiente; de modo que estaban, según le parecía a Marcher, ya no rondando las cabeceras de su corriente, sino con la barca empujada resueltamente corriente abajo.

Navegaban literalmente juntos; para nuestro caballero esto era notorio, tan notorio como que la afortunada causa de ello era precisamente el tesoro enterrado de su conocimiento. Con sus propias manos había él desenterrado ese pequeño caudal, sacado a la luz —es decir, hasta el alcance de la tenue claridad que constituían sus discreciones y privacidades— el objeto de valor cuyo escondite había, tras haberlo enterrado él mismo, olvidado de un modo tan extraño y tan prolongado. La rara suerte de haber tropezado de nuevo casualmente con el lugar le hacía indiferente a cualquier otra cuestión; sin duda habría dedicado más tiempo al extraño accidente de su lapsus de memoria si no se hubiera sentido movido a dedicar tanto a la dulzura, el consuelo, como él lo sentía, para el futuro, que ese mismo accidente había ayudado a mantener fresco. Nunca había entrado en sus planes que nadie «supiera», y principalmente por la razón de que no era propio de él contárselo a nadie. Eso habría sido imposible, pues no habría esperado nada más que la burla de un mundo frío. Sin embargo, ya que un misterioso destino le había abierto la boca a destiempo, pese a él, lo contaría como una compensación y sacaría el mayor partido de ello. Que la persona adecuada *debiera* saberlo templaba la aspereza de su secreto incluso más de lo que su timidez le había permitido imaginar; y May Bartram era claramente la persona adecuada, porque —bueno, porque ahí estaba. Su conocimiento simplemente lo zanjaba; a estas alturas habría estado suficientemente seguro si ella se hubiera equivocado. Había algo en su situación, sin duda, que lo disponía demasiado a verla como mera confidente, derivando toda su luz para él del hecho —del hecho únicamente— de su interés en su predicamento; de su misericordia, simpatía, seriedad, de su consentimiento en no considerarlo el más cómico de los cómicos. Consciente, en suma, de que su valor para él residía precisamente en darle esa constante sensación de ser admirablemente perdonado, tenía cuidado de recordar que ella también tenía una vida propia, con cosas que podían ocurrirle a *ella*, cosas que en la amistad uno debería igualmente tener en cuenta. Algo bastante notable le

ocurrió en este sentido — algo representado por cierto pasaje de su conciencia, de la manera más súbita, de un extremo al otro.

Se había considerado a sí mismo, mientras nadie lo sabía, la persona más desinteresada del mundo, llevando su carga concentrada, su suspenso perpetuo, de manera tan silenciosa, sin decir nada al respecto, sin dar a los demás ni un vislumbre de ello ni de su efecto en su vida, sin pedir concesiones a nadie y solo haciéndolas él por su parte en todo lo que le pedían. No había perturbado a la gente con la rareza de que tuvieran que saber que trataban con un hombre atormentado, aunque había tenido momentos de una tentación bastante especial al oírles decir que ellos eran, mira por dónde, «inquietos». Si estaban tan inquietos como él —él que nunca había estado tranquilo ni una hora en su vida— sabrían lo que eso significaba. Sin embargo, no era su papel hacérselo saber, y los escuchaba con suficiente cortesía. Por eso tenía buenos modales —aunque posiblemente algo incoloros; por eso, sobre todo, podía considerarse a sí mismo, en un mundo ávido, decentemente —y de hecho quizás incluso un poco sublimemente— desinteresado. Nuestro punto es, en consecuencia, que valoraba suficientemente ese carácter como para medir su actual peligro de dejarlo caer, contra el cual se prometió estar muy alerta. Sin embargo, estaba perfectamente dispuesto a ser egoísta tan solo un poco, ya que desde luego no se le había presentado ocasión más encantadora para ello. «Tan solo un poco», dicho de otro modo, era exactamente cuanto la señorita Bartram, tomando un día con otro, le permitiría. Nunca sería en lo más mínimo coercitivo, y mantendría bien ante sí las líneas según las cuales la consideración hacia ella —la más elevada posible— debería proceder. Establecería con rigor los términos bajo los cuales los asuntos de ella, sus necesidades, sus peculiaridades —llegó tan lejos como para darles la latitud de ese nombre— entrarían en su trato. Todo esto era naturalmente señal de en qué medida daba por sentado el trato en sí. No había nada más que hacer al respecto. Simplemente existía; había surgido con la primera pregunta penetrante de ella en aquella luz otoñal en Weatherend. La forma real que habría debido tomar sobre la base que se perfilaba con tanta nitidez era la forma del matrimonio entre ellos. Pero el inconveniente de esto era que la propia base hacía imposible el matrimonio. Su convicción, su aprensión, su obsesión, en suma, no era un privilegio al que pudiera invitar a una mujer a participar; y esa consecuencia era precisamente lo que le pasaba a él. Algo aguardaba en su camino, en medio de los vericuetos de los meses y los años, como una Bestia agazapada en la Jungla.

Importaba poco si la Bestia agazapada estaba destinada a matarlo o a ser muerta. El punto definitivo era el inevitable salto de la criatura; y la lección definitiva que se derivaba de ello era que un hombre de sentimientos no se hacía acompañar por una dama en una cacería de tigres. Tal era la imagen bajo la cual había terminado por figurarse su vida.

No habían hecho, sin embargo, en un principio, en las horas dispersas pasadas juntos, ninguna alusión a esa visión; lo cual era señal de que él estaba hábilmente atento a dar a entender que no esperaba, que en realidad no le importaba, hablar siempre de ello. Semejante rasgo en la perspectiva de uno era en realidad como una joroba en la espalda. La diferencia que suponía a cada minuto del día existía con perfecta independencia de cualquier discusión. Uno discutía de acuerdo con ello *como* un jorobado, pues siempre estaba, si no otra cosa, la cara de jorobado. Eso permanecía, y ella lo vigilaba; pero la gente vigila mejor, en términos generales, en silencio, de modo que ese sería predominantemente el modo de su vigilia. Sin embargo, él no quería al mismo tiempo estar tenso y solemne; tenso y solemne era lo que imaginaba que mostraba demasiado ante los demás. Lo que había que ser, con la única persona que sabía, era desenvuelto y natural —hacer la referencia en lugar de parecerse a quien la evita, evitarla en lugar de parecerse a quien la hace, y mantenerla, en todo caso, familiar, incluso jocosa, en lugar de pedante y portentosa. Alguna consideración de ese tipo era sin duda la que tenía en mente, por ejemplo, cuando le escribió alegremente a la señorita Bartram que quizás la gran cosa que tan largamente había sentido como en manos de los dioses no era otra que esa circunstancia, que le tocaba tan de cerca, de que ella adquiriera una casa en Londres. Era la primera alusión que volvían a hacer desde entonces, sin haber necesitado ninguna otra hasta el momento; pero cuando ella respondió, tras haberle dado la noticia, que no estaba ni mucho menos satisfecha con semejante nimiedad como desenlace de un suspenso tan especial, casi le hizo preguntarse si ella no tenía una concepción incluso más amplia de la singularidad para él que la que él tenía para sí mismo. En todo caso estaba destinado a ir tomando conciencia poco a poco, con el paso del tiempo, de que ella estaba observando su vida todo el tiempo, juzgándola, midiéndola, a la luz de lo que sabía, lo cual llegó a ser al fin, con la consagración de los años, algo que nunca mencionaban entre ellos salvo como «la verdad real» sobre él. Esa había sido siempre la forma propia de él para referirse a ello, pero ella adoptó la forma tan silenciosamente que, mirando atrás al final de un período

do, él sabía que no había momento en que fuera rastreable que ella, por así decirlo, se hubiera adentrado en su idea, o hubiera cambiado la actitud de indulgencia hermosa por la de creencia todavía más hermosa.

Siempre le era posible acusarla de verlo tan solo como el más inofensivo de los maníacos, y esto, a la larga —ya que cubría tanto terreno— era su descripción más sencilla de su amistad. Él tenía un tornillo flojo para ella, pero ella lo quería a pesar de eso y era prácticamente, frente al resto del mundo, su bondadosa y sabia guardiana, no remunerada pero bastante divertida y, a falta de otros lazos próximos, no indignamente ocupada. El resto del mundo desde luego lo consideraba raro, pero solo ella, únicamente ella, sabía cómo y, sobre todo, por qué era raro; lo cual era precisamente lo que le permitía disponer el velo que lo ocultaba en los pliegues adecuados. Tomaba su jovialidad —puesto que era necesario que pasara por jovialidad— como tomaba todo lo demás; pero ciertamente justificaba con su toque infalible, en la medida que él veía, el sentido más fino del grado en que había acabado por convencerla. *Ella* al menos nunca hablaba del secreto de su vida excepto como «la verdad real sobre ti», y de hecho tenía un modo maravilloso de hacer que pareciera, como tal, también el secreto de su propia vida. Así era, en suma, como él constantemente la sentía como alguien que tenía consideración con él; no podía en conjunto llamarlo de otra manera. Él tenía consideración consigo mismo, pero ella, exactamente, la tenía todavía más; en parte porque, mejor situada para ver el asunto, ella rastreaba su infeliz perversión a través de recodos de su curso en los que él apenas podía seguirla. Él sabía cómo se sentía, pero, además de saberlo, ella sabía también cómo tenía él aspecto; él sabía cada una de las cosas de importancia de las que insidiosamente se le mantenía alejado, pero ella podía sumar el total que hacían, entender cuánto, con una carga más leve en el espíritu, habría podido hacer, y determinar así cómo, inteligente como era, se quedaba corto. Por encima de todo ella estaba al tanto del secreto de la diferencia entre las formas que él seguía —las de su pequeño empleo en el Gobierno, las de cuidar su modesto patrimonio, su biblioteca, su jardín en el campo, las personas en Londres cuyas invitaciones aceptaba y correspondía— y el distanciamiento que reinaba bajo ellas y que hacía de todo comportamiento, de todo lo que podía llamarse comportamiento en lo más mínimo, un largo acto de disimulo. Lo que había llegado a ser era que llevaba una máscara pintada con la mueca social, por cuyos agujeros asomaban unos ojos de expresión que no correspondía en lo más mínimo a los demás ras-

gos. Esto el mundo estúpido, incluso tras años, nunca lo había descubierto más que a medias. Solo May Bartram lo había descubierto, y ella lograba, con un arte indescriptible, el prodigio de —o quizás era solo alternativa-mente— afrontar esos ojos desde delante y mezclar su propia mirada, como desde encima de su hombro, con el espiar de ellos a través de las aberturas.

De modo que mientras envejecían juntos ella vigiló con él, y así dejó que esa asociación diera forma y color a su propia existencia. Bajo *sus* formas también el distanciamiento había aprendido a posarse, y el comportamiento se había convertido para ella, en el sentido social, en un relato falso de sí misma. No había sino un relato de ella que habría sido verdadero todo el tiempo y que no podía darle directamente a nadie, y menos que a nadie a John Marcher. Toda su actitud era una declaración virtual, pero la percepción de ello solo parecía recibir su lugar para él como una de las muchas cosas necesariamente desplazadas de su conciencia. Si ella había tenido, por lo demás, como él mismo, que hacer sacrificios a la verdad real de ambos, había que reconocer que su compensación podría haberla afectado como más inmediata y más natural. Tuvieron largos períodos, en este tiempo londinense, durante los cuales, cuando estaban juntos, un extraño podría haberlos escuchado sin aguazar en absoluto la atención; por otro lado, la verdad real era igualmente susceptible de aflorar en cualquier momento, y entonces el oyente se habría preguntado efectivamente de qué estaban hablando. Desde temprano habían decidido que la sociedad era, afortunadamente, poco perspicaz, y el margen que eso les permitía había llegado a ser con bastante justeza uno de sus lugares comunes. Sin embargo, todavía había momentos en que la situación se tornaba casi nueva —por lo general bajo el efecto de alguna expresión arrancada de ella misma. Sus expresiones sin duda se repetían, pero sus intervalos eran generosos. «Lo que nos salva, ya sabes, es que respondemos tan completamente a una apariencia tan habitual: la del hombre y la mujer cuya amistad se ha convertido en un hábito tan cotidiano —o casi— que resulta a la postre indispensable.» Eso, por ejemplo, era una observación que había tenido con bastante frecuencia ocasión de hacer, aunque le había dado en distintos momentos distintos desarrollos. Lo que nos concierne especialmente es el giro que tomó de labios de ella una tarde en que él había ido a verla con ocasión de su cumpleaños. Ese aniversario había caído en domingo, en una estación de espesa niebla y melancolía general; pero él le había llevado su ofrenda habitual, conociéndola ya lo suficiente como para haber establecido cien pequeñas tradiciones.

Era una de sus pruebas ante sí mismo, el regalo que le hacía en su cumpleaños, el de no haberse hundido en el egoísmo real. Generalmente no era más que una pequeña baratija, pero siempre era fina en su género, y él tenía regularmente el cuidado de pagar por ella más de lo que creía que podía permitirse.

—Nuestro hábito te salva a ti, al menos, ¿no lo ves? porque te hace, al fin y al cabo, para la gente vulgar, indistinguible de los demás hombres. ¿Cuál es la marca más arraigada de los hombres en general? Pues bien, la capacidad de pasar interminables horas con mujeres aburridas —sin aburrirse, no diré eso, pero sin importarles que lo sean, sin salir disparados por la tangente por eso; lo que viene a ser lo mismo. Yo soy tu mujer aburrida, una parte del pan de cada día por el que rezas en la iglesia. Eso te cubre las huellas mejor que nada.

—¿Y qué cubre las tuyas? —preguntó Marcher, a quien su mujer aburrida sabía en su mayor parte divertir hasta ese punto—. Veo desde luego lo que quieres decir con que me salvas, de este modo y de aquel, en lo que concierne a los demás —lo he visto todo el tiempo. Solo que ¿qué es lo que te salva *a ti*? Pienso en ello a menudo, ya sabes.

Ella tuvo un aspecto de quien a veces también piensa en ello, aunque de un modo bastante diferente. —¿Donde los demás están en juego, quieres decir?

—Bueno, estás realmente muy metida conmigo, ya sabes —como una especie de resultado de lo mucho que yo estoy metido contigo. Quiero decir lo de tener una consideración tan inmensa por ti, lo de ser tan tremendamente consciente de todo lo que has hecho por mí. Me pregunto a veces si no es del todo justo. Justo, digo, haber implicado e —ya que puede decirse — interesado tanto. Casi siento como si no hubieras tenido de verdad tiempo de hacer nada más.

—¿Nada más que estar interesada? —preguntó ella—. Ah, ¿qué más quiere ser nadie? Si he estado «vigilando» contigo, como acordamos hace mucho tiempo que debía hacer, vigilar es ya en sí mismo una absorción.

—Sí, desde luego —dijo John Marcher—, ¿si no hubieras tenido tu curiosidad...! Solo que ¿no te ocurre a veces, con el paso del tiempo, que tu curiosidad no está siendo particularmente recompensada?

May Bartram hizo una pausa. —¿Me preguntas eso, por algún azar, porque sientes que la tuya tampoco lo está? Quiero decir porque tienes que esperar tanto.

¡Oh, entendía lo que ella quería decir! —¿Para que suceda lo que nunca sucede? ¿Para que la Bestia salte? No, sigo exactamente donde estaba respecto a eso. No es un asunto sobre el que yo pueda *elegir*, pueda decidir un cambio. No es uno sobre el que *pueda* haber un cambio. Está en manos de los dioses. Uno está en manos de su ley —ahí está uno. En cuanto a la forma que tomará la ley, el modo en que actuará, eso es asunto suyo.

—Sí —respondió la señorita Bartram—; claro que el destino de uno llega, claro que *ha* llegado a su propia manera y en su propia forma, todo el tiempo. Solo que, ya sabes, la forma y el modo en tu caso debían de haber sido —bueno, algo tan excepcional y, como quien dice, tan peculiarmente *tuyo*.

Algo en esto le hizo mirarla con suspicacia. —Dices «debían de *haber* sido», como si en tu fuero interno hubieras empezado a dudar.

—¡Oh! —protestó ella vagamente.

—Como si creyeras —prosiguió él— que ahora ya no ocurrirá nada.

Ella sacudió la cabeza despacio aunque de manera bastante inescrutable. —Estás muy lejos de mi pensamiento.

Él continuó mirándola. —¿Cuál es entonces tu problema?

—Bueno —dijo ella tras otra pausa—, mi problema es simplemente que estoy más segura que nunca de que mi curiosidad, como la llamas, quedará más que bien recompensada.

Ahora estaban francamente graves; él se había levantado de su asiento, se había vuelto a dar otra vuelta por el pequeño saloncito al que, año tras año, llevaba su tema inevitable; en el que había, por así decirlo, saboreado su íntima comunidad con todas las salsas imaginables, donde cada objeto le era tan familiar como las cosas de su propia casa y las mismas alfombras estaban desgastadas por su paso intranquilo del mismo modo en que los escritorios de los viejos despachos están desgastados por los codos de generaciones de dependientes. Las generaciones de sus estados de ánimo nerviosos habían estado operando allí, y el lugar era la historia escrita de

toda su vida adulta. Bajo el impacto de lo que su amiga acababa de decir se encontraba a sí mismo, por alguna razón, más consciente de estas cosas; lo que le hizo, al cabo de un momento, detenerse de nuevo ante ella. —¿Acaso has llegado a tener miedo?

—¿Miedo? —Pensó, mientras ella repetía la palabra, que su pregunta la había hecho enrojecer un poco; de modo que, por temor a haber tocado una verdad, explicó con gran amabilidad: —Recuerdas que eso fue lo que *tú* me preguntaste hace mucho tiempo —aquel primer día en Weatherend.

—Ah sí, y me dijiste que no lo sabías —que yo debía verlo por mí misma. Hemos dicho poco al respecto desde entonces, incluso en todo este largo tiempo.

—Exacto —interrumpió Marcher—, exactamente como si fuera un asunto demasiado delicado para tomarnos libertades con él. Exactamente como si pudiéramos descubrir, bajo presión, que yo *tengo* miedo. Pues entonces —dijo—, ¿no sabríamos, no es cierto?, bien qué hacer.

Ella no tenía por el momento respuesta a esa pregunta. —Ha habido días en que pensé que lo tenías. Solo que, desde luego —añadió—, ha habido días en que hemos pensado casi cualquier cosa.

—Todo. ¡Oh! —gimió Marcher suavemente, como con un jadeo, a medias agotado, ante la faz, más al descubierto en ese momento que lo que había estado durante mucho tiempo, de la imaginación que siempre los acompañaba. Siempre había tenido sus momentos incalculables de brillar de modo muy parecido a los propios ojos de la propia Bestia, y, acostumbrado como estaba a ellos, podían aún arrancarle el tributo de un suspiro que subía de las profundidades de su ser. Todo lo que habían pensado, al principio y al final, se volcó sobre él; el pasado parecía haberse reducido a mera especulación estéril. Eso era de hecho lo que el lugar le había parecido tan lleno en ese momento —la simplificación de todo salvo el estado de suspenso. Solo eso persistía, y parecía estar suspendido en el vacío que lo rodeaba. Incluso su miedo original, si miedo había sido, se había perdido en el desierto. — Sin embargo creo —prosiguió— que puedes ver que no tengo miedo ahora.

—Lo que veo, tal como lo entiendo, es que has logrado algo casi sin precedentes en cuanto a acostumbrarte al peligro. Viviendo con él durante tanto tiempo y tan de cerca has perdido la noción de él; sabes que está ahí,

pero eres indiferente, y has dejado incluso, como antes, de necesitar silbar en la oscuridad. Considerando el peligro que es —concluyó May Bartram—, estoy obligada a decir que no creo que tu actitud pudiera mejorarse mucho.

John Marcher sonrió levemente. —¿Es heroica?

—Sin duda —llámalo así.

Era como él mismo le habría gustado llamarlo. —¿Soy entonces un hombre de valor?

—Eso es lo que debías mostrarme.

Sin embargo, él siguió preguntándose. —¿Pero no sabe el hombre de valor de qué tiene miedo, o de qué no lo tiene? Yo no lo sé, ya ves. No lo tengo claro. No puedo nombrarlo. Solo sé que estoy expuesto.

—Sí, pero expuesto —¿cómo decirlo?— tan directamente. Tan íntimamente. Con eso basta, sin duda.

—¿Bastante para hacerte sentir —como lo que podemos llamar el resultado y el colofón de nuestra vigilia— que no tengo miedo?

—No tienes miedo. Pero no es —dijo ella— el final de nuestra vigilia. Es decir, no es el final de la tuya. Todavía tienes todo por ver.

—¿Por qué no tú entonces? —preguntó él. Había tenido, durante todo el día, la sensación de que ella ocultaba algo, y la seguía teniendo. Como era la primera vez que lo sentía de ese modo, suponía una fecha. El caso se acentuó más porque ella no respondió de inmediato; lo que a su vez le hizo continuar. —Sabes algo que yo no sé. —Luego su voz, para la de un hombre de valor, tembló un poco. —Sabes lo que va a ocurrir. —Su silencio, con el rostro que mostraba, era casi una confesión —le dio la certeza. —Lo sabes, y tienes miedo de decírmelo. Es tan malo que tienes miedo de que yo lo descubra.

Todo esto podía ser cierto, pues ella tenía el aspecto de quien, inesperadamente para ella, había cruzado alguna línea mística que secretamente había trazado a su alrededor. Sin embargo, quizás, después de todo, no tenía que haberse preocupado; y el verdadero colofón era que él mismo, en todo caso, no necesitaba hacerlo. —Nunca lo sabrás.

CAPÍTULO III

Estaba todo aquello destinado a señalar, no obstante, como he dicho, una fecha; lo cual se manifestó en el hecho de que, una y otra vez, incluso tras largos intervalos, otras cosas que ocurrieron entre ellos tenían en relación con esa hora el carácter de recuerdos y consecuencias. Su efecto inmediato había sido más bien aligerar la insistencia —casi provocar una reacción; como si su tema hubiera caído por su propio peso y como si, además, a propósito de ello, Marcher hubiera sido visitado por una de sus ocasionales advertencias contra el egoísmo. Había mantenido, sentía, y con suficiente decencia en general, su conciencia de la importancia de no ser egoísta, y era cierto que nunca había pecado en esa dirección sin intentar con bastante prontitud hacer inclinar la balanza del lado opuesto. Con frecuencia reparaba su falta, cuando lo permitía la temporada, invitando a su amiga a acompañarle a la ópera; y no era raro que así ocurriera que, para demostrar que no quería que tuviera un solo tipo de alimento para la mente, era él la causa de que ella apareciera allí con él una docena de noches al mes. Sucedió incluso que, acompañándola a casa en esas ocasiones, se pasaba a veces a dar fin, como él lo llamaba, a la velada, y, para dejar más claro su propósito, se sentaba a la frugal pero siempre cuidada pequeña cena que aguardaba su placer. Su propósito quedaba demostrado, creía, por el hecho de no insistir eternamente con ella sobre sí mismo; quedaba demostrado, por ejemplo, en tales horas, cuando ocurría que, con el piano a mano y familiares los dos con él, repasaban pasajes de la ópera juntos. Ocurrió, sin embargo, en una de esas ocasiones, que le recordó que no había respondido cierta pregunta que le había hecho durante la conversación que había tenido lugar entre ellos en su último cumpleaños. «¿Qué es lo que te salva a *ti*?» —lo que la salvaba, quería decir, de dar una apariencia de variación respecto al tipo humano habitual. Si él había escapado prácticamente de las habladuras, como

ella pretendía, por hacer, en lo más importante, lo que hacen la mayoría de los hombres —encontrar la respuesta a la vida en remendarse una alianza de una clase u otra con una mujer no mejor que uno mismo—, ¿cómo la había escapado ella, y cómo podía la alianza, tal como era, ya que debían suponer que había sido más o menos observada, haber dejado de hacer que se hablara bastante positivamente de ella?

—Nunca dije —respondió May Bartram— que no hubiera hecho que se hablara bastante de mí.

—Ah, entonces no estás «a salvo».

—No es una cuestión que me haya planteado. Si tú has tenido tu mujer, yo he tenido —dijo ella— a mi hombre.

—¿Y quieres decir que eso te deja bien?

¡Oh, siempre era como si hubiera tanto que decir!

—No sé por qué no debería hacerme —humanamente hablando, que es de lo que estamos hablando— tan bien parada como te hace a ti.

—Ya veo —devolvió Marcher—. «Humanamente», sin duda, al mostrar que vives para algo. No, es decir, solo para mí y mi secreto.

May Bartram sonrió. —No pretendo que muestre exactamente que no vivo para ti. Es mi intimidad contigo lo que está en cuestión.

Él se rió al ver lo que ella quería decir. —Sí, pero ya que, según dices, no soy, en la medida en que la gente lo percibe, sino ordinario, tú no eres —¿verdad?— tampoco más que ordinaria. Me ayudas a pasar por un hombre como cualquier otro. De modo que si yo lo soy, tal como te entiendo, tú no estás comprometida. ¿Es eso?

Ella hizo una de sus pausas, pero habló con suficiente claridad. —Eso es. Es todo lo que me incumbe —ayudarte a pasar por un hombre como cualquier otro.

Él tuvo el cuidado de reconocer la observación con elegancia. —¡Qué amable, qué hermosa eres conmigo! ¿Cómo podré pagártelo alguna vez?

Ella hizo su última pausa grave, como si pudiera haber varias maneras. Pero eligió. —Siendo como eres.

Fue en ese seguir siendo como era en lo que recayeron, y durante un tiempo tan largo en realidad que llegó inevitablemente el día en que fue necesario sondear de nuevo sus profundidades. Esas profundidades, constantemente tendidas de puente por una estructura suficientemente firme a pesar de su ligereza y de su ocasional oscilación en el aire algo vertiginoso, invitaban de vez en cuando, en aras de sus nervios, a dejar caer la sonda y medir el abismo. Una diferencia se había producido además, de una vez por todas, por el hecho de que ella todo el tiempo no había parecido sentir la necesidad de refutar su acusación de que había una idea dentro de ella que no se atrevía a expresar —acusación formulada justo antes de que concluyera una de las más plenas de sus últimas discusiones. Se le había planteado entonces que ella «sabía» algo y que lo que sabía era malo —demasiado malo para decírselo. Cuando él había hablado de ello como visiblemente tan malo que tenía miedo de que él lo descubriera, su respuesta había dejado el asunto demasiado equívoco para dejarlo estar y sin embargo, para la sensibilidad especial de Marcher, casi demasiado formidable de nuevo para tocarlo. Él rondaba alrededor a una distancia que alternadamente se estrechaba y se ensanchaba y que aún no se veía muy afectada por la conciencia que tenía de que no había nada que ella pudiera «saber», al fin y al cabo, mejor que él mismo. Ella no tenía ninguna fuente de conocimiento que él no tuviera igualmente —excepto por supuesto que ella podía tener nervios más finos. Eso era lo que tenían las mujeres cuando estaban interesadas; percibían cosas, cuando se trataba de personas, que esas personas a menudo no habrían podido percibir por sí mismas. Sus nervios, su sensibilidad, su imaginación, eran conductores y reveladores, y la hermosura de May Bartram estaba en particular en que se había entregado tan completamente a su caso. Sentía en esos días lo que, de manera bastante extraña, nunca antes había sentido, el crecimiento de un temor a perderla por alguna catástrofe —alguna catástrofe que sin embargo no sería en absoluto la catástrofe: en parte porque ella había empezado de repente a parecerle más útil que nunca, y en parte por razón de una apariencia de incertidumbre en su salud, coincidente e igualmente nueva. Era característico del distanciamiento interior que hasta entonces había cultivado tan exitosamente y al que toda nuestra narración sobre él es una referencia, era característico que sus complicaciones, tales como eran, nunca le hubieran parecido hasta ese momento tan densas a su alrededor, hasta el punto incluso de hacerle preguntarse si se en-

contraba acaso, en verdad, a la vista o al sonido, al tacto o al alcance, en la inmediata jurisdicción, de lo que le aguardaba.

Cuando llegó el día, como tenía que llegar, en que su amiga le confesó su temor a un profundo trastorno en la sangre, él sintió de algún modo la sombra de un cambio y el frío de un choque. Se puso inmediatamente a imaginar agravaciones y desgracias, y sobre todo a pensar en el peligro de ella como en la amenaza directa para él mismo de una privación personal. Esto en realidad le proporcionó una de esas recuperaciones parciales de ecuanimidad que le resultaban gratas —le mostraba que lo que seguía siendo primero en su mente era la pérdida que ella misma podría sufrir. «¿Y si tuviera que morir antes de saber, antes de ver...?» Habría sido brutal, en las primeras etapas de su mal, formularle esa pregunta; pero había resonado de inmediato para él en su propio interior, y la posibilidad era lo que más le hacía compadecerse de ella. Si ella «sabía», además, en el sentido de haber tenido alguna —¿qué debía pensar?— luz mística e irresistible, eso no haría el asunto mejor, sino peor, en la medida en que su adopción original de la propia curiosidad de él había llegado a ser la base de su vida. Ella había estado viviendo para ver lo que *iba* a verse, y le desgarraría tener que rendirse antes de que se completara la visión. Estas reflexiones, como digo, avivaban su generosidad; pero por más que las hiciera, se veía a sí mismo, con el transcurso del período, cada vez más desconcertado. El período transcurría con un barrido extraño y constante, y lo más extraño era que le deparaba, independientemente de la amenaza de muchos inconvenientes, casi la única sorpresa positiva que su carrera, si carrera podía llamarse, le había ofrecido. Ella guardaba cama como nunca lo había hecho; tenía que ir él a verla —ella no podía encontrarse con él en ningún sitio ahora, aunque apenas había un rincón en su amado viejo Londres en el que no se hubieran encontrado en el pasado, en uno u otro momento; y la encontraba siempre sentada junto al fuego en el profundo sillón a la antigua que cada vez era menos capaz de dejar. Le había llamado la atención un día, tras una ausencia mayor que la habitual, que ella de repente le parecía mucho más mayor de lo que nunca había pensado que era; luego reconoció que lo repentino era solo cosa suya — simplemente se había dado cuenta de golpe. Parecía mayor porque inevitablemente, después de tantos años, *era* vieja, o casi; lo cual era desde luego todavía más cierto en su compañero. Si ella era vieja, o casi, John Marcher sin duda también lo era, y sin embargo era ella quien le hacía ver la lección, no él mismo. Sus sorpresas empezaron ahí; una vez comenzadas

se multiplicaron; llegaron con cierta precipitación: era como si, del modo más extraño del mundo, todas hubieran sido retenidas, sembradas en un grupo espeso, para la tarde de la vida, ese momento en que para la gente en general lo inesperado se ha agotado.

Una de ellas fue haberse sorprendido a sí mismo —pues así había ocurrido— preguntándose *de verdad* si el gran acontecimiento no acabaría tomando la forma de nada más que la de verse condenado a ver a esa encantadora mujer, esa admirable amiga, alejarse de él para siempre. Nunca la había calificado tan sin reservas como al enfrentarse en pensamiento con semejante posibilidad; a pesar de lo cual había para él poca duda de que, como respuesta a su larga incógnita, la mera eliminación de incluso tan fino un rasgo de su situación sería un vulgar anticlímax. Representaría, en conexión con su actitud pasada, una caída de dignidad bajo cuya sombra su existencia no podría sino convertirse en el más grotesco de los fracasos. Él había estado lejos de considerarlo un fracaso —por más que hubiera esperado la aparición que iba a convertirlo en un éxito. Había esperado una cosa completamente distinta, no algo como eso. El aliento de su buena fe se acortó, sin embargo, cuando reconoció cuánto había esperado, o cuánto al menos lo había hecho su compañera. Que ella, en todo caso, pudiera quedar registrada como habiendo esperado en vano —eso lo afectó agudamente, y tanto más porque en un principio no había hecho sino divertirse con la idea. Fue haciéndose más grave a medida que crecía la gravedad de su estado, y el estado de ánimo que le producía, que él mismo acabó por observar como si fuera una desfiguración definida de su persona externa, puede pasar por otra de sus sorpresas. Esto se unió aún a otra, la conciencia realmente estupefaciente de una pregunta que habría consentido que tomara forma de haber tenido el valor. ¿Qué significaba todo —qué significaba, es decir, *ella*, y su espera vana y su probable muerte y la muda advertencia de todo ello— a no ser que, a esas alturas, era simplemente, era abrumadoramente demasiado tarde? Nunca en ninguna etapa de su rara conciencia había admitido el susurro de semejante corrección; nunca hasta los últimos meses había sido tan falso a su convicción como para no sostener que lo que tenía que venirle había tenido tiempo, lo creyera o no tenerlo. Que al fin, al fin, desde luego no lo tenía, para hablarlo con propiedad, o lo tenía solo en la medida más escasa —eso fue, bastante pronto, a medida que las cosas avanzaban para él, la inferencia con la que su vieja obsesión tuvo que contar: y en eso no le ayudaba la apariencia cada vez más confirmada de que la gran vaguedad

que proyectaba la larga sombra bajo la cual había vivido, para dar fe de sí misma, apenas le quedaba margen ya. Ya que era en el Tiempo donde debía haberse encontrado con su destino, era en el Tiempo donde su destino debía haber actuado; y al despertar a la conciencia de no ser ya joven, que era exactamente la conciencia de ser rancio, igual que eso, a su vez, era la conciencia de ser débil, despertó a otra cosa además. Todo colgaba unido; eran sujetos, él y la gran vaguedad, a una ley igual e indivisible. Cuando las posibilidades mismas se habían vuelto rancias, cuando el secreto de los dioses se había desvanecido, quizás incluso completamente evaporado, eso, y solo eso, era el fracaso. No habría sido un fracaso ser arruinado, deshonorado, puesto en la picota, ahorcado; era un fracaso no ser nada. Y así, en el oscuro valle en que su camino había dado un giro inesperado, vagaba no poco mientras avanzaba a tientas. Le importaba poco el terrible hundimiento que pudiera sobrevenirle, con qué ignominia o qué monstruosidad pudiera aún verse asociado — pues no era, al fin y al cabo, demasiado viejo para sufrir — si tan solo era decentemente proporcionado a la postura que había mantenido toda su vida ante la presencia amenazante de ello. Le quedaba un solo deseo — el de no haber sido «engañado».

CAPÍTULO IV

Fue entonces cuando, una tarde, mientras la primavera del año era joven y nueva, ella afrontó a su modo la más franca traición de esas alarmas. Él había ido a verla tarde, pero la tarde no había caído todavía, y se le presentó bajo aquella larga y fresca luz de los menguantes días de abril que nos afecta a menudo con una tristeza más aguda que las horas más grises del otoño. La semana había sido cálida, se suponía que la primavera había llegado pronto, y May Bartram estaba sentada, por primera vez en el año, sin fuego; un hecho que, para los sentidos de Marcher, daba a la escena de la que ella formaba parte un aspecto liso y definitivo, un aire de saber, en su orden inmaculado y su alegría fría y vacía de sentido, que nunca volvería a ver encenderse un fuego. El propio aspecto de ella — apenas habría podido decir por qué — intensificaba esa nota. Casi tan blanca como la cera, con marcas y señales en el rostro tan numerosas y tan finas como si las hubiera trazado una aguja, con suaves ropas blancas realzadas por un pálido pañuelo verde cuyo delicado tono los años habían refinado aún más, era la imagen de una esfinge serena y exquisita aunque impenetrable, cuya cabeza, o más bien toda su persona, podría haber sido empolvada de plata. Era una esfinge, aunque con sus pétalos blancos y sus frondes verdes podría haber sido también un lirio — pero un lirio artificial, maravillosamente imitado y conservado sin cesar, sin polvo ni mancha, aunque no exento de una leve inclinación y una complejidad de tenues arrugas, bajo alguna campana de cristal transparente. La perfección del cuidado doméstico, el alto pulimento y el acabado siempre reinaban en sus habitaciones, pero ahora tenían el aspecto de que todo hubiera sido enrollado, recogido, guardado, de modo que ella pudiera sentarse con las manos cruzadas y sin nada más que hacer. Estaba «fuera de ello», a ojos de Marcher; su labor había terminado; se comunicaba con él como desde el otro lado de algún abismo o desde alguna isla de

reposo que ya había alcanzado, y eso le hacía sentir extrañamente abandonado. ¿Acaso no era —o más bien no era así que— si durante tanto tiempo ella había vigilado con él, la respuesta a su pregunta debía de haber nadado hasta su conocimiento y adoptado un nombre, de modo que su ocupación había concluido de veras? Él la había acusado casi de eso al decirle, muchos meses antes, que ella ya sabía entonces algo que le ocultaba. Era un punto sobre el que desde entonces nunca se había atrevido a insistir, temiendo vagamente que pudiera convertirse en una diferencia, quizás en una discrepancia, entre ellos. En ese período posterior se había vuelto nervioso, lo cual era lo que en todos los otros años nunca había sido; y lo extraño era que ese nerviosismo hubiera esperado hasta que él había empezado a dudar, que se hubiera retenido durante tanto tiempo como estuvo seguro. Había algo, le parecía, que la palabra equivocada haría caer sobre su cabeza, algo que al menos aliviaría su tensión. Pero no quería pronunciar la palabra equivocada; eso lo volvería todo feo. Quería que el conocimiento que le faltaba cayera sobre él, si era que podía caer, por su propio peso augusto. Si ella iba a abandonarle, era a ella a quien incumbía despedirse. Por eso no le preguntó directamente de nuevo lo que sabía; pero también por eso, abordando el asunto desde otro ángulo, le dijo en el transcurso de su visita:

—¿Qué consideras como lo peor que a estas alturas puede ocurrirme?

Se lo había preguntado bastante a menudo en el pasado; habían intercambiado, con el ritmo irregular e impar de sus intensidades y evitaciones, ideas al respecto y luego habían visto esas ideas arrastradas por intervalos de calma, arrastradas como figuras trazadas en arena de mar. Siempre había sido el rasgo de su conversación que las alusiones más antiguas de ella no necesitaban sino una pequeña corrección y reacción para volver a surgir, sonando por el momento como nuevas. De modo que ella podía en ese instante afrontar su pregunta con bastante frescura y paciencia.

—Ah sí, he pensado en ello repetidamente, solo que siempre me ha parecido, desde antaño, que no podía decidirme del todo. Pensaba en cosas terribles, entre las cuales era difícil elegir; y tú debes de haber hecho lo mismo.

—¡Vaya! Me parece ahora que no he hecho casi otra cosa. Me parece haber pasado mi vida pensando en nada más que en cosas terribles. Muchas de ellas te las he nombrado en distintos momentos, pero había otras que no podía nombrar.

—¿Demasiado terribles?

—Demasiado, demasiado terribles —algunas de ellas.

Ella le miró un momento, y en ese momento le llegó, al encontrársela, una sensación incongruente de que sus ojos, cuando se les captaba en toda su claridad, seguían siendo tan hermosos como en la juventud, solo que hermosos con una luz extraña y fría —una luz que era de algún modo parte del efecto, si no más bien parte de la causa, de la pálida y dura dulzura de la estación y la hora.

—Y sin embargo —dijo al fin—, hay horrores que hemos mencionado.

Hacía la extrañeza más profunda verla, semejante figura en semejante estampa, hablar de «horrores», pero en unos minutos iba a hacer algo aún más extraño —aunque incluso eso él solo iba a medirlo del todo más tarde— y la nota de ello ya temblaba. Era, por lo que respecta a ese asunto, una de las señales de que sus ojos tenían de nuevo el alto fulgor de su primavera. Tuvo, sin embargo, que reconocer lo que ella decía.

—Ah sí, hubo veces en que llegamos muy lejos. —Se sorprendió en el acto de hablar como si todo hubiera terminado. Bueno, ojalá hubiera terminado; y el desenlace dependía para él claramente cada vez más de su amiga.

Pero ella tenía ahora una leve sonrisa. —¡Oh, muy lejos...!

Era de una ironía extraña. —¿Quieres decir que estás dispuesta a ir más lejos?

Era frágil y anciana y encantadora mientras continuaba mirándole, pero era más bien como si hubiera perdido el hilo.

—¿Consideras que llegamos lejos?

—Pues pensé que ese era el punto que acabas de hacer —que *habíamos* mirado de frente a la mayoría de las cosas.

—¿Incluidos nosotros mismos? —Seguía sonriendo. —Pero tienes razón. Hemos tenido juntos grandes imaginaciones, con frecuencia grandes miedos; pero algunos de ellos han quedado sin expresar.

—Entonces lo peor —eso no lo hemos afrontado. Yo *podría* afrontarlo, creo, si supiera qué piensas tú que es. Siento —explicó— como si hubiera

perdido la capacidad de concebir tales cosas. — Y se preguntó si tendría tan en blanco el aspecto como vacío el tono. — Se ha agotado.

—¿Por qué entonces supones —preguntó ella— que la mía no?

—Porque me has dado señales de lo contrario. No es cuestión para ti de concebir, imaginar, comparar. No es ahora cuestión de elegir. — Al fin lo soltó. — Sabes algo que yo no sé. Me lo has mostrado antes.

Esas últimas palabras la habían afectado, percibió al cabo de un momento, enormemente, y habló con firmeza.

—No te he mostrado, querido, nada.

Él sacudió la cabeza. —No puedes ocultarlo.

—¡Oh, oh! —prorrumpió May Bartram ante lo que no podía ocultar. Era casi un gemido ahogado.

—Lo admitiste hace meses, cuando te hablé de ello como de algo que tenías miedo de que yo descubriera. Tu respuesta fue que no podría, que no lo haría, y no pretendo haberlo hecho. Pero tenías por tanto algo en la mente, y veo ahora cómo debe de haber sido, cómo sigue siendo, la posibilidad que, entre todas las posibilidades, se te ha instalado como la peor. Por eso —prosiguió— te apelo. Solo temo la ignorancia hoy —no temo el conocimiento. —Y luego, como ella no dijo nada durante un rato: —Lo que me da certeza es que veo en tu rostro y siento aquí, en este aire y en medio de estas apariencias, que estás fuera de ello. Has terminado. Has tenido tu experiencia. Me dejas a merced de mi destino.

Bueno, ella escuchó, inmóvil y blanca en su sillón, como ante una decisión que tomar, de modo que su actitud era en verdad casi una confesión, aunque todavía, con una pequeña y fina rigidez interior, una rendición imperfecta.

—Sería lo peor —se permitió decir al fin—. Quiero decir la cosa que nunca he dicho.

Eso lo hizo callar un momento. —¿Más monstruosa que todas las monstruosidades que hemos nombrado?

—Más monstruosa. ¿No es eso lo que expresas suficientemente —preguntó— al llamarla lo peor?

Marcher pensó. — Sin duda — si quieres decir, como yo, algo que incluye todas las pérdidas y todas las vergüenzas que cabe imaginar.

— Así lo sería si *llegara* a ocurrir — dijo May Bartram —. Lo que decimos, recuerda, es solo mi idea.

— Es tu convicción — respondió Marcher —. Con eso me basta. Siento que tus convicciones son acertadas. Por tanto, si, teniendo esta, no me das más luz sobre ella, me abandonas.

— ¡No, no! — repitió ella. — Estoy contigo — ¿no lo ves? — todavía. — Y para hacérselo más vivo se levantó del sillón — un movimiento que raramente se arriesgaba en esos días — y se mostró, toda envuelta y toda suave, en su tersura y su esbeltez. — No te he abandonado.

Era de verdad, en su esfuerzo contra la debilidad, una generosa garantía, y si el éxito del impulso no hubiera sido, afortunadamente, grande, lo habría conmovido más con dolor que con placer. Pero el frío encanto de sus ojos se había extendido, mientras ella se cernía ante él, a todo el resto de su persona, de modo que era por un momento casi una recuperación de la juventud. No podía compadecerla por eso; solo podía tomarla tal como se mostraba — capaz incluso todavía de ayudarle. Era como si, al mismo tiempo, su luz pudiera apagarse en cualquier instante; por lo que debía aprovecharla al máximo. Pasaron ante él con intensidad las tres o cuatro cosas que más quería saber; pero la pregunta que acudió por sí misma a sus labios cubría realmente las otras.

— Entonces dime si sufriré conscientemente.

Ella sacudió la cabeza con prontitud. — ¡Nunca!

Eso confirmaba la autoridad que él le atribuía, y produjo en él un efecto extraordinario.

— Pues bien, ¿qué hay mejor que eso? ¿A eso lo llamas lo peor?

— ¿Piensas que nada es mejor? — preguntó ella.

Parecía querer decir algo tan especial que él volvió a preguntarse con viveza, aunque todavía con el albor de una perspectiva de alivio.

— ¿Por qué no, si uno no *sabe*? — Tras lo cual, como sus ojos, sobre esa pregunta, se encontraron en un silencio, el albor se profundizó, y algo que

respondía a sus propósitos brotó prodigiosamente de su mismo rostro. El suyo, al asimilarlo, enrojeció de golpe hasta la frente, y jadeó por la fuerza de una percepción a la que, en el acto, todo encajaba. El sonido de su jadeo llenó el aire; luego se hizo articulado.

—¡Lo veo —si no sufro!

En el semblante de ella, sin embargo, había duda. —¿Ves qué?

—Pues lo que quieres decir —lo que siempre has querido decir.

Ella volvió a sacudir la cabeza. —Lo que quiero decir no es lo que siempre he querido decir. Es diferente.

—¿Es algo nuevo?

Se resistió a ello un poco. —Algo nuevo. No es lo que piensas. Veo lo que piensas.

Su adivinación tomó aliento entonces; solo que su corrección podría estar equivocada.

—¿No es que yo *soy* un zoquete? —preguntó entre desfallecimiento y crispación—. ¿No es que todo es un error?

—¿Un error? —repitió ella con lástima. *Esa* posibilidad, para ella, veía él, sería monstruosa; y si le garantizaba la inmunidad ante el dolor, en consecuencia no sería lo que tenía en mente.

—Oh no —declaró—; no es nada de ese tipo. Has tenido razón.

Sin embargo, él no podía evitar preguntarse si ella no estaría, así presionada, hablando tan solo para salvarle. Le parecía que estaría en el peor de los aprietos si su historia resultaba ser toda una trivialidad.

—¿Me dices la verdad, para que no haya sido un idiota más grande de lo que puedo soportar saber? ¿No he vivido con una imaginación vana, en la ilusión más embrutecida? ¿No he esperado sino para ver cómo me cierran la puerta en las narices?

Ella volvió a sacudir la cabeza. —Sea como sea el caso, *esa* no es la verdad. Sea cual sea la realidad, *es* una realidad. La puerta no está cerrada. La puerta está abierta —dijo May Bartram.

—¿Entonces algo está por llegar?

Ella volvió a esperar, siempre con sus fríos y dulces ojos puestos en él. —Nunca es demasiado tarde. —Había acortado, con su paso deslizante, la distancia entre ellos, y se quedó más cerca de él, muy cerca de él, un momento, como si aún cargara con lo que no había dicho. Su movimiento podría haber sido para un énfasis más sutil de lo que al mismo tiempo vacilaba y decidía decir. Él había estado de pie junto a la chimenea, sin fuego y escasamente adornada, con un pequeño y perfecto reloj antiguo francés y dos fragmentos de porcelana de Dresde rosada como todo su mobiliario; y ella aferró la repisa mientras lo hacía esperar, la aferró levemente como en busca de apoyo y aliento. Solo lo hizo esperar, sin embargo; es decir, él solo esperó. Se había vuelto de pronto, por el movimiento y la actitud de ella, hermoso y vívido para él que ella tenía algo más que darle; su rostro demacrado brillaba delicadamente con ello —casi centelleaba con el blanco lustre de la plata en su expresión. Ella tenía razón, incontestablemente, pues lo que veía en su rostro era la verdad, y, de manera extraña, sin consecuencia, mientras sus palabras sobre lo espantoso todavía flotaban en el aire, ella parecía presentarlo como inordinariamente suave. Eso, alentando su perplejidad, le hizo esperanzarse aún más con gratitud ante su revelación, de modo que continuaron durante varios minutos en silencio, su rostro brillando hacia él, su contacto imponderablemente apremiante, y su mirada toda bondad pero toda expectativa. El final, no obstante, fue que lo que él había esperado no llegó. Otra cosa ocurrió en cambio, que pareció consistir en primer lugar en el mero cerrarse de sus ojos. Cedió al mismo instante a un lento y delicado estremecimiento, y aunque él siguió mirando —aunque de hecho miraba con mayor fijeza aún— se apartó y regresó a su sillón. Era el final de lo que ella había estado a punto de decir, pero lo dejó pensando solo en eso.

—Pues bien, ¿no dices...?

Ella había tocado en su paso un timbre junto a la chimenea y se había desplomado extrañamente pálida.

—Me temo que estoy demasiado enferma.

—¿Demasiado enferma para decírmelo? —le saltó agudo, y casi a los labios, el temor de que pudiera morir sin darle luz. Se contuvo a tiempo de expresar así su pregunta, pero ella respondió como si hubiera oído las palabras.

—¿No lo sabes —ahora?

—¿«Ahora»...? —Ella había hablado como si se hubiera producido alguna diferencia en ese instante. Pero su doncella, que respondió con prontitud al timbre, ya estaba con ellos. —No sé nada. —Y más tarde se dijo a sí mismo que debía de haber hablado con una impaciencia odiosa, una impaciencia tal que mostraba que, sumamente desconcertado, se lavaba las manos de toda la cuestión.

—¡Oh! —dijo May Bartram.

—¿Sufres? —preguntó él mientras la mujer acudía a su lado.

—No —dijo May Bartram.

Su doncella, que había pasado un brazo alrededor de ella como para llevarla a su habitación, fijó en él los ojos, que contradecían a su señora de manera suplicante; a pesar de lo cual, sin embargo, él mostró de nuevo su perplejidad.

—¿Entonces qué ha ocurrido?

Ella estaba de nuevo, con la ayuda de su acompañante, en pie, y sintiéndose obligado a retirarse, él había encontrado maquinalmente su sombrero y sus guantes y había llegado hasta la puerta. Sin embargo, esperó su respuesta.

—Lo que *tenía que* ocurrir —dijo ella.

CAPÍTULO V

Volvió al día siguiente, pero ella era entonces incapaz de verle, y como era literalmente la primera vez que esto había ocurrido en el largo trecho de su conocimiento, se marchó derrotado y dolido, casi encolerizado —o sintiéndose al menos que semejante ruptura en su costumbre era realmente el principio del fin— y vagó solo con sus pensamientos, especialmente con el que era menos capaz de reprimir. Ella se estaba muriendo y la perdería; se estaba muriendo y su vida llegaría a su fin. Se detuvo en el parque, al que había entrado, y se quedó mirando ante sí su duda recurrente. Lejos de ella la duda volvía a presionarle; en su presencia le había creído, pero al sentir su desamparo se arrojó a la explicación que, siendo la más a mano, tenía algo de un tibio consuelo y lo menos de frío tormento. Ella le había engañado para salvarle —para deshacerse de él con algo en lo que pudiera descansar. ¿Qué podía ser la cosa que tenía que ocurrirle, después de todo, sino exactamente eso que había empezado a ocurrir? Su agonía, su muerte, la consiguiente soledad de él —eso era lo que él había figurado como la Bestia en la Jungla, eso era lo que había estado en manos de los dioses. Él tenía su palabra de ella al marcharse —¿qué otra cosa podía haber querido decir en la tierra? No era una cosa de orden monstruoso; no un destino raro y distinguido; no un golpe de fortuna que abrumara e inmortalizara; solo tenía el sello del destino común. Pero el pobre Marcher a esa hora juzgó suficiente el destino común. Le serviría, y aunque fuera como el desenlace de una espera infinita, doblaría su orgullo para aceptarlo. Se sentó en un banco en el crepúsculo. No había sido un necio. Algo había *sido*, como ella había dicho, destinado a llegar. Antes de que se levantara de hecho le había parecido bastante claro que el hecho final encajaba en realidad con la larga avenida a través de la cual había tenido que llegar. Al compartir su suspenso y al entregarse totalmente, entregando su vida, para darle fin, ella había venido con él cada

paso del camino. Él había vivido gracias a su ayuda, y dejarla atrás sería perderla de un modo cruel e infame. ¿Qué podía ser más abrumador que eso?

Bueno, iba a saberlo dentro de la semana, pues aunque ella lo mantuvo un tiempo a distancia, lo dejó inquieto y desdichado durante una serie de días en cada uno de los cuales preguntaba por ella solo para tener que marcharse de nuevo, ella puso fin a su prueba recibéndole donde siempre le había recibido. Sin embargo, ella había sido sacada con cierto riesgo a la presencia de tantas de las cosas que eran, conscientemente, vanamente, la mitad de su pasado, y apenas quedaba servicio en la gentileza de su mero deseo, demasiado visible, de frenar su obsesión y dar fin a su larga pena. Eso era claramente lo que ella quería; lo único más para su propia paz mientras aún podía extender la mano. Él estaba tan afectado por el estado de ella que, una vez sentado junto a su sillón, se inclinó a dejarlo todo ir; fue ella misma por tanto quien lo trajo de vuelta, retomó, antes de que lo despidiera, su última palabra de la otra vez. Ella mostró que quería dejar sus asuntos en orden.

—No estoy segura de que hayas entendido. No tienes nada más que esperar. *Ha llegado*.

¡Oh cómo la miró él! —¿De verdad?

—De verdad.

—¿La cosa que, como dijiste, *tenía que* llegar?

—La cosa que en nuestra juventud empezamos a vigilar.

Cara a cara con ella de nuevo la creyó; era una afirmación a la que tenía tan abjectamente poco que oponer.

—¿Quieres decir que ha llegado como un acontecimiento positivo y definido, con nombre y fecha?

—Positiva. Definida. No sé lo del «nombre», pero, ¡oh, con una fecha!

Se encontró de nuevo sin remedio perdido en el mar. —¿Pero llegó de noche —llegó y me pasó de largo?

May Bartram tenía su extraña y leve sonrisa. —¡Oh no, no te ha pasado de largo!

—¿Pero si no fui consciente de ello y no me tocó...?

—Ah, el hecho de que no fueras consciente de ello —y ella pareció vacilar un instante para tratar con esto— el hecho de que no fueras consciente de ello es la extrañeza dentro de la extrañeza. Es la maravilla *de* la maravilla. —Habló con la suavidad casi de un niño enfermo, aunque ahora al fin, al final de todo, con la perfecta rectitud de una sibila. Era visiblemente alguien que sabía que sabía, y el efecto en él era el de algo coordinado, en su alto carácter, con la ley que lo había regido. Era la voz verdadera de la ley; así sonaría la ley misma en sus labios. —*Te* ha tocado —prosiguió—. Ha cumplido su cometido. Te ha hecho completamente suyo.

—¿Tan absolutamente sin que yo lo supiera?

—Tan absolutamente sin que lo supieras. —Su mano, inclinado él hacia ella, estaba en el brazo del sillón, y ella, sonriendo siempre tenuemente ahora, puso la suya sobre ella. —Es suficiente con que *yo* lo sepa.

—¡Oh! —respiró él confusamente, como ella misma lo había hecho tantas veces últimamente.

—Lo que dije hace mucho tiempo es cierto. Nunca lo sabrás ahora, y creo que deberías conformarte. Lo has *tenido* —dijo May Bartram.

—¿Pero tenido qué?

—Pues lo que iba a haberte señalado. La prueba de tu ley. Ha actuado. Estoy demasiado contenta —añadió entonces con valentía— de haber podido ver lo que *no* es.

Él continuó fijando en ella la mirada, y con la sensación de que todo eso estaba más allá de él, y que *ella* también lo estaba, aún habría puesto en duda su afirmación si no hubiera sentido que hacerlo era abusar de su debilidad al ir más lejos que tomar devotamente lo que ella le daba, tomarlo acallado como ante una revelación. Si llegó a hablar, fue por el presentimiento de su soledad venidera.

—Si te alegras de lo que «no es», ¿podría entonces haber sido peor?

Ella apartó los ojos, miró directamente ante sí; tras lo cual, al cabo de un momento:

—Bueno, ya sabes cuáles eran nuestros temores.

Él se preguntó. —¿Es algo que nunca temimos entonces?

Ante esto ella se volvió lentamente hacia él. —¿Soñamos alguna vez, con todos nuestros sueños, que llegaríamos a estar aquí sentados hablando de ello así?

Intentó por un momento deducir que sí; pero era como si sus sueños, innumerables como eran, estuvieran en disolución en alguna niebla espesa y fría a través de la cual el pensamiento se perdía.

—Podría haber sido que no pudiéramos hablar.

—Bueno —hizo ella lo que pudo por él—, no desde este lado. Este, ya ves —dijo—, es el *otro* lado.

—Creo —respondió el pobre Marcher— que para mí todos los lados son iguales. —Luego, sin embargo, como ella sacudía la cabeza suavemente en corrección: —¿Puede que no hubiéramos llegado a cruzar...?

—Hasta donde estamos —no. Estamos *aquí* —subrayó ella débilmente.

—¡Y de mucho nos sirve! —fue el franco comentario de su amigo.

—Nos sirve en lo que puede. Nos sirve en lo que ella no está *aquí*. Ha pasado. Está detrás —dijo May Bartram—. Antes... —pero su voz se apagó.

Él se había levantado, no para cansarla, pero le resultaba difícil combatir su anhelo. Ella después de todo no le decía nada más que lo que su luz se había apagado —algo que él sabía muy bien sin necesidad de ella.

—¿Antes...? —repitió él en blanco.

—Antes, ya ves, *iba* a llegar siempre. Eso lo mantenía presente.

—¡Oh, ahora ya me trae sin cuidado lo que venga! Además —añadió Marcher—, me parece que me gustaba mejor presente, como dices, de lo que puedo gustarme que esté ausente con tu *ausencia*.

—¡Oh, la mía...! —y sus pálidas manos le quitaron importancia.

—Con la ausencia de todo. —Tenía una sensación espantosa de estar allí ante ella por —hasta donde algo más que eso, ese hundimiento sin fondo, estuviera en juego— la última vez de su vida. Descansaba sobre él con un peso que sentía que apenas podía soportar, y ese peso era aparentemente el que todavía arrancaba lo que le quedaba de protesta expresable. —Te creo;

pero no puedo empezar a pretender que entiendo. *Nada*, para mí, ha pasado; nada *pasará* hasta que yo mismo pase, lo cual le ruego a mis estrellas que sea lo más pronto posible. Sin embargo, supón —añadió— que me he comido mi pastel, como sostienes, hasta la última miga —¿cómo puede ser la cosa que nunca sentí en absoluto la cosa que estaba marcado para sentir?

Ella le respondió quizás con menos rectitud, pero le respondió imperturbable. —Das tus «sentimientos» por supuestos. Debías sufrir tu destino. No era necesariamente saberlo.

—¿Cómo en el mundo —si tal conocimiento no es sino sufrimiento?

Ella le miró en silencio durante un momento. —No, no lo entiendes.

—Sufro —dijo John Marcher.

—¡No, no!

—¿Cómo puedo evitar al menos *eso*?

—¡*No*! —repitió May Bartram.

Lo dijo con un tono tan especial, a pesar de su debilidad, que él se quedó mirando un instante —se quedó mirando como si alguna luz, hasta entonces oculta, hubiera destellado cruzando su visión. La oscuridad volvió a cerrarse sobre ella, pero el destello se había convertido ya para él en una idea.

—¿Porque no tengo derecho...?

—No *lo sepas* —si no necesitas saberlo —le urgió ella con misericordia —. No lo necesitas —pues no deberíamos.

—¿No deberíamos? —¡Si pudiera saber lo que ella quería decir!

—No... es demasiado.

—¿Demasiado? —siguió preguntando él pero con una perplejidad que, un momento después, se disipó de súbito. Sus palabras, si tenían algún sentido, lo afectaban a esa luz —la luz también de su rostro demacrado— como significando *todo*, y la noción de lo que el conocimiento había sido para ella misma se le vino encima con un ímpetu que irrumpió en una pregunta.

—¿Es de eso de lo que te estás muriendo?

Ella no hizo sino observarle, al principio gravemente, como para ver, con esto, dónde estaba él, y quizás había visto algo o temido algo que conmovió su simpatía.

— Viviría para ti todavía —si pudiera. — Sus ojos se cerraron un momento, como si, retirada en sí misma, estuviera intentándolo por última vez. — ¡Pero no puedo! —dijo al volver a abrirlos para despedirse de él.

No podía, en efecto, como se manifestó con demasiada prontitud y claridad, y de ella no tuvo más visión después que oscuridad y fatalidad. Habían partido para siempre en aquella extraña conversación; el acceso a su cámara de dolor, rígidamente guardada, le estaba casi completamente vedado; sentía ya además, ante los médicos, las enfermeras, los dos o tres parientes atraídos sin duda por la suposición de lo que ella tenía que «dejar», cuán pocos eran los derechos, como los llamaban en tales casos, que tenía que hacer valer, y cuán raro podía incluso parecer que su intimidad no le hubiera dado más de ellos. El más estúpido de los primos en cuarto grado tenía más, aunque hubiera sido nada en la vida de semejante persona. Ella había sido un rasgo principal en la *suya*, pues ¿qué otra cosa significaba haberle sido tan indispensable? Extrañas más allá de toda descripción eran las vías de la existencia, que le desconcertaban por la anomalía de su carencia, según la sentía él, de título producible. Una mujer podría haberlo sido, por así decirlo, todo para él, y sin embargo no haberle dejado en ninguna conexión que nadie pareciera obligado a reconocer. Si esto era así en esas últimas semanas, lo fue más agudamente en la ocasión de los últimos oficios rendidos, en el gran cementerio gris de Londres, a lo que había sido mortal, a lo que había sido precioso, en su amiga. El concurso ante su tumba no era numeroso, pero él se vio tratado como si apenas estuviera más relacionado con ella que si hubiera habido mil personas más. En pocas palabras, desde ese momento estaba cara a cara con el hecho de que iba a beneficiarse extraordinariamente poco del interés que May Bartram había tomado en él. Difícilmente podría haber dicho qué había esperado, pero no había esperado, desde luego, esta aproximación a una doble privación. No solo había fallado el interés de ella, sino que él se sentía sin compañía —y por una razón que no podía captar— de la distinción, la dignidad, el decoro, si no otra cosa, del hombre marcadamente afligido. Era como si, a ojos de la sociedad, él no hubiera estado marcadamente afligido, como si todavía faltara alguna señal o prueba de ello, y como si sin embargo su carácter nunca

podiera afirmarse ni la deficiencia compensarse jamás. Había momentos, a medida que pasaban las semanas, en que le habría gustado, por algún acto casi agresivo, hacer valer su posición a partir de la intimidad de su pérdida, para que pudiera ser cuestionada y su respuesta, para alivio de su espíritu, así registrada; pero los momentos de una irritación más impotente los seguían de cerca, los momentos durante los cuales, dando vueltas a las cosas con la conciencia tranquila pero con un horizonte desnudo, se encontraba preguntándose si no hubiera debido empezar, por así decirlo, más atrás.

Se encontró preguntándose en efecto sobre muchas cosas, y esta última especulación tenía otras que la acompañaran. ¿Qué habría podido hacer, después de todo, mientras ella vivía, sin descubrirse, digamos, a sí mismo y a ella? No habría podido dar a conocer que ella le vigilaba, pues eso habría publicado la superstición de la Bestia. Eso era lo que ahora le cerraba la boca —ahora que la Jungla había sido batida hasta el vacío y que la Bestia se había escabullido. Sonaba demasiado necio y demasiado trivial; la diferencia para él en este punto particular, la extinción en su vida del elemento de suspenso, era tal que en realidad le sorprendía. Apenas habría podido decir a qué se parecía el efecto; al brusco cese, la prohibición positiva, de la música quizás, más que a nada, en algún lugar todo dispuesto y todo acostumbrado a la sonoridad y a la atención. Si de algún modo podría haber concebido en cualquier momento del pasado levantar el velo de su imagen (¿qué había hecho él, después de todo, sino levantarlo ante *ella*?), el hacer esto hoy, hablar a la gente en general de la Jungla despejada y confiarles que ahora la sentía segura, no solo habría sido como verles escuchar como a un cuento de comadres, sino realmente como oírse a sí mismo contando uno. Lo que finalmente se reducía a eso, en verdad, era que el pobre Marcher cruzaba su hierba pisoteada, donde ninguna vida se agitaba, donde ningún aliento sonaba, donde ningún ojo maligno parecía brillar desde ninguna guarida posible, muy al modo de quien busca vagamente a la Bestia, y más aún como de quien la echa de menos con acuidad. Caminaba por una existencia que se había vuelto extrañamente más espaciosa, y, deteniéndose por aquí y por allá donde la maleza de la vida le parecía más densa, se preguntaba con anhelo, se preguntaba en secreto y dolorosamente, si habría estado al acecho aquí o allá. En todo caso habría saltado; lo que al menos estaba completo era su fe en la verdad misma de la garantía que se le había dado. El cambio desde su vieja sensación a la nueva era absoluto y

definitivo: lo que tenía que ocurrir había ocurrido de modo tan absoluto y definitivo que era tan poco capaz de conocer un temor por su futuro como de conocer una esperanza; tan ausente estaba en suma cualquier cuestión de algo aún por llegar. Debía vivir enteramente con la otra pregunta, la de su pasado no identificado, la de tener que ver su destino impenetrablemente amortajado y enmascarado.

El tormento de esa visión se convirtió entonces en su ocupación; quizás no habría podido consentir en vivir sino por la posibilidad de adivinar. Ella le había dicho, su amiga, que no adivinara; le había prohibido, en la medida en que él podía, saber, y le había incluso, en cierto sentido, negado el poder de aprender: lo cual eran tantas cosas, precisamente, para privarle de reposo. No era que quisiera, alegaba en aras de la equidad, que nada pasado y hecho se repitiera; era solo que no debería, como un anticlímax, haberse quedado tan profundamente dormido como para no poder recuperar con un esfuerzo del pensamiento el material perdido de la conciencia. Se dijo a sí mismo en ciertos momentos que o bien lo recuperaría o bien renunciaría a la conciencia para siempre; hizo de esa idea su único móvil al final, la convirtió en una pasión tal que ninguna otra, en comparación con ella, le parecía haberle tocado nunca. El material perdido de la conciencia se convirtió así para él en algo como un hijo perdido o robado para un padre insaciable; lo buscó de un lado a otro del mismo modo en que quien llama a las puertas y hace preguntas a la policía. Con ese espíritu se dispuso, inevitablemente, a viajar; emprendió un viaje que debía ser tan largo como pudiera hacerlo; le danzaba ante los ojos que, ya que el otro extremo del globo no podía posiblemente tener menos que decirle, podría, por una posibilidad de sugestión, tener más. Antes de abandonar Londres, sin embargo, hizo una peregrinación a la tumba de May Bartram, se encaminó hacia ella a través de las interminables avenidas del sombrío cementerio suburbano, la buscó en el laberinto de tumbas, y, aunque había venido solo para la renovación del acto de despedida, se encontró, cuando al fin se hubo detenido ante ella, embebido en largas intensidades. Estuvo de pie durante una hora, sin poder apartar la vista y sin embargo sin poder penetrar la oscuridad de la muerte; fijando con los ojos su nombre y su fecha inscritos, golpeando con la frente contra el hecho del secreto que guardaban, aguantando la respiración, mientras esperaba, como si algún sentido fuera a surgir de las piedras apiadándose de él. Se arrodilló en las piedras, sin embargo, en vano; guardaban lo que ocultaban; y si la faz de la tumba llegó a ser un rostro para

él fue porque sus dos nombres se convirtieron en un par de ojos que no lo conocían. Les dirigió una última y larga mirada, pero ninguna palidísima luz se encendió.

CAPÍTULO VI

Se mantuvo alejado, después de eso, durante un año; visitó las profundidades de Asia, gastándose en escenarios de interés romántico, de santidad superlativa; pero lo que se le presentaba en todas partes era que para un hombre que había conocido lo que *él* había conocido, el mundo era vulgar y vano. El estado de ánimo en que había vivido durante tantos años le brilló en el recuerdo como una luz que coloreaba y refinaba, una luz ante la que el fulgor de Oriente era estridente, barato y tenue. La terrible verdad era que había perdido —junto con todo lo demás— también una distinción; las cosas que veía no podían evitar ser comunes cuando él mismo se había vuelto común para mirarlas. Era simplemente ahora uno más de ellos —estaba en el polvo, sin un asidero para la sensación de diferencia; y había horas en que, ante los templos de los dioses y los sepulcros de los reyes, su espíritu se volvía en busca de la nobleza de la asociación hacia la losa apenas diferenciada del suburbio londinense. Esa se había convertido para él, y más intensamente con el tiempo y la distancia, en su único testimonio de una gloria pasada. Era todo lo que le quedaba como prueba y orgullo, y sin embargo las glorias pasadas de los faraones eran nada para él cuando pensaba en ella. No era de extrañar, pues, que volviera a ella al día siguiente de su regreso. Se sentía atraído esta vez tan irresistiblemente como la otra, aunque con una confianza, casi, que era sin duda el efecto de los muchos meses transcurridos. Había vivido, a pesar de sí mismo, dentro de su cambio de sentimiento, y vagando por la tierra había vagado, por así decirlo, de la circunferencia al centro de su desierto. Se había acomodado a su seguridad y aceptado a la fuerza su extinción; figurándose a sí mismo, con cierto colorido, a semejanza de ciertos hombrecillos viejos que recordaba haber visto, de quienes, por magros y arrugados que pudieran parecer, se decía que en sus tiempos habían reñido veinte duelos o sido amados por diez princesas.

Ellos habían sido en verdad maravillosos para los demás mientras que él no lo era sino para sí mismo; lo cual, sin embargo, era exactamente la razón de su prisa por renovar la maravilla volviendo, por así decirlo, a su propia presencia. Eso había apresurado sus pasos y frenado su dilación. Si su visita fue rápida fue porque había estado tanto tiempo separado de la parte de sí mismo que era la única que ahora valoraba.

No es, en consecuencia, inexacto decir que llegó a su meta con cierta alegría y se detuvo allí de nuevo con cierta seguridad. La criatura bajo la tierra conocía su rara experiencia, de modo que, extrañamente ahora, el lugar había perdido para él su mera vaciedad de expresión. Le recibía con mansedumbre —no, como antes, con burla; llevaba para él el aire de saludo consciente que encontramos, tras la ausencia, en las cosas que nos han pertenecido estrechamente y que parecen confesar por sí mismas su conexión con nosotros. El trozo de tierra, la lápida grabada, las flores cuidadas le afectaron como si le pertenecieran, de modo que por ese rato se asemejaba a un satisfecho propietario revisando una finca. Todo lo que había ocurrido —bueno, había ocurrido. No había vuelto esta vez con la vanidad de aquella pregunta, su antiguo «¿Qué, *qué*?» ya prácticamente agotado. Sin embargo, no dejaría nunca más de frecuentar ese lugar; volvería a él cada mes, pues si no hacía nada más con su ayuda, al menos mantendría erguida la cabeza. Fue así creciendo para él, de la manera más extraña, en un recurso positivo; llevó a cabo su idea de retornos periódicos, que llegaron a ocupar su lugar al fin entre los hábitos más arraigados de su vida. A lo que todo ello equivalía, de modo bastante extraño, era a que en su mundo finalmente tan simplificado ese jardín de la muerte le daba los pocos metros cuadrados de tierra en que todavía podía vivir más plenamente. Era como si, no siendo nada en ningún otro lugar ni para nadie, nada incluso para sí mismo, fuera precisamente aquí todo, y no para una multitud de testigos ni en realidad para ningún testigo que no fuera John Marcher, entonces por el claro derecho del registro que podía leer como una página abierta. La página abierta era la tumba de su amiga, y allí estaban los hechos del pasado, allí la verdad de su vida, allí las extensiones hacia atrás en las que podía perderse. Lo hacía de vez en cuando con tal efecto que le parecía deambular por los viejos años con la mano en el brazo de un compañero que era, de la manera más extraordinaria, su otro y más joven yo; y deambular, lo cual era aún más extraordinario, en torno a una tercera presencia —no errante ella, sino estática, inmóvil, cuyos ojos, al girar con su revolución, nunca cesaban de seguirle, y

cuyo asiento era su punto, por así decirlo, de orientación. Así fue, en suma, como se instaló en su vida —nutriéndose por entero de la sensación de que una vez *había* vivido, y dependiendo de ello no solo para un sustento sino para una identidad.

Le bastó a su manera durante meses y el año transcurrió; sin duda habría llegado incluso a llevarlo más lejos de no ser por un accidente, superficialmente leve, que lo conmovió, en dirección completamente distinta, con una fuerza superior a cualquiera de sus impresiones de Egipto o de la India. Fue una cosa del más puro azar —el giro, según sintió después, de un cabello, aunque él había de vivir para creer que si la luz no le hubiera llegado de ese modo particular, habría llegado de otro. Habría de vivir para creer eso, digo, aunque no habría de vivir, no menos definitivamente cabe mencionar, para hacer mucho más. Le concedemos en todo caso el beneficio de la convicción, que fue abriéndose paso en él al final, de que, pasara lo que pasara o no pasara, habría llegado él mismo por su propio pie a la luz. El incidente de una tarde de otoño había puesto la llama a la mecha tendida desde antiguo por su miseria. Con la luz ante él supo que incluso últimamente su dolor no había hecho sino aplacarse. Estaba extrañamente adormecido, pero palpitaba; al contacto empezó a sangrar. Y el contacto, en el suceso, fue el rostro de un semejante. Este rostro, en una gris tarde cuando las hojas eran densas en las alamedas, se asomó al propio rostro de Marcher, en el cementerio, con una expresión como el corte de una cuchilla. Lo sintió, es decir, tan hondo dentro de sí que se estremeció ante el empuje sostenido. La persona que tan mudamente le agredía era una figura que había notado, al llegar a su propia meta, absorta ante una tumba a cierta distancia, una tumba al parecer reciente, de modo que la emoción del visitante probablemente emparejaba con su frescura. Solo ese hecho impedía prestarle mayor atención, aunque durante el tiempo que estuvo allí siguió siendo vagamente consciente de su vecino, un hombre de mediana edad al parecer, de luto, cuya espalda inclinada, entre los agrupados monumentos y los tejos funerarios, se presentaba constantemente. La teoría de Marcher según la cual estos eran elementos de contacto con los cuales él mismo revivía, había sufrido en esa ocasión, bien puede decirse, un freno marcado, excesivo. La tarde otoñal era para él aciaga como ninguna había sido recientemente, y descansó con una pesadez que aún no había conocido sobre la baja losa que llevaba el nombre de May Bartram. Descansó sin poder moverse, como si algún resorte en él, algún encantamiento concedido, hubiera sido quebrado para

siempre de repente. Si hubiera podido en ese momento hacer lo que quería, simplemente se habría tendido sobre la losa que estaba dispuesta a recibirle, tratándola como un lugar preparado para acoger su último sueño. ¿Qué tenía en el ancho mundo para mantenerse despierto? Se quedó mirando ante sí con esa pregunta, y fue entonces cuando, al pasar uno de los senderos del cementerio cerca de él, recibió el impacto del rostro.

Su vecino de la otra tumba se había alejado, como él mismo, de haber tenido fuerzas suficientes, habría hecho ya, y avanzaba por el sendero camino de una de las puertas. Eso le acercó, y su paso era lento, de modo que —y tanto más cuanto que había una especie de hambre en su mirada— los dos hombres quedaron directamente enfrentados durante un minuto. Marcher lo reconoció al instante como uno de los profundamente heridos —una percepción tan aguda que nada más en el cuadro tenía comparativamente vida, ni su ropa, ni su edad, ni su presumible carácter y clase; nada vivía sino la profunda devastación de los rasgos que mostraba. Los *mostraba* —ese era el punto; pasando junto a él, lo movía algún impulso que era o bien una señal de simpatía o, más posiblemente, un reto a un dolor opuesto. Es posible que ya hubiera reparado en nuestro amigo, que quizás en alguna hora anterior hubiera notado en él el hábito tranquilo del lugar, con el que el estado de sus propios sentidos disonaba tan poco, y que se hubiera sentido por ello agitado como por una discordancia manifiesta. Lo que Marcher era consciente de percibir, en primer lugar, era que la imagen de pasión lacerada que se le presentaba era consciente también —de algo que profanaba el aire; y en segundo lugar que, excitado, sobresaltado, sacudido, no obstante, al momento siguiente miraba cómo se alejaba con envidia. Lo más extraordinario que le había ocurrido —aunque ese nombre lo había dado también a otros asuntos— tuvo lugar, tras su vaga e inmediata mirada, como consecuencia de esa impresión. El extraño se alejó, pero el crudo resplandor de su dolor permaneció, haciendo preguntarse a nuestro amigo con compasión qué agravio, qué herida expresaba, qué lesión incurable. ¿Qué había tenido aquel hombre para que al perderlo sangrara así y sin embargo viviera?

Algo —y esto le llegó con una punzada— que *él*, John Marcher, no tenía; cuya prueba era precisamente el árido fin de John Marcher. Ninguna pasión le había tocado nunca, pues eso era lo que la pasión significaba; había sobrevivido y deambulado y languidecido, pero ¿dónde estaba *su* profunda devastación? La cosa extraordinaria de la que hablamos fue el súbito ímpetu

del resultado de esa pregunta. La imagen que acababa de contemplar le nombró, en letras de llama rápida, algo que había omitido de manera absoluta, insensata, y lo que había omitido hizo de esas cosas un tren de fuego, hizo que se marcaran en una agonía de pulsaciones interiores. Había visto *fuera* de su vida, sin aprenderlo dentro, el modo en que se llora a una mujer cuando ha sido amada por sí misma: tal era la fuerza de su convicción sobre el significado del rostro del extraño, que todavía le ardía como antorcha humeante. No le había llegado el conocimiento por las alas de la experiencia; le había rozado, sacudido, trastornado, con el irrespeto del azar, la insolencia del accidente. Ahora que la iluminación había empezado, sin embargo, ardía hasta el cénit, y lo que se detuvo allí a contemplar era el vaciado y sonoro vacío de su vida. Contempló, aspiró el aire, con dolor; se volvió en su desconcierto, y, al volverse, tuvo ante él en incisión más aguda que nunca la página abierta de su historia. El nombre en la losa le golpeó como había hecho el paso de su vecino, y lo que le decía, en plena cara, era que ella era lo que había omitido. Ese fue el pensamiento espantoso, la respuesta a todo el pasado, la visión ante cuya claridad terrible se le heló la sangre como la piedra bajo sus pies. Todo encajó, confesó, explicó, abrumó; dejándole sobre todo atónito ante la ceguera que había alimentado. El destino para el que estaba marcado lo había encontrado con creces —había apurado la copa hasta las heces; había sido el hombre de su tiempo, *el* hombre, al que nada en la tierra tenía que haberle ocurrido. Ese era el golpe raro —esa era su visitación. Así lo vio, como decimos, en pálido horror, mientras las piezas encajaban y encajaban. Así *ella* lo había visto mientras él no, y así ella servía en esa hora para llevar a casa la verdad. Era la verdad, vívida y monstruosa, de que todo el tiempo que había esperado, la espera misma era su parte. Eso lo había deducido su compañera de vigilia en un momento dado, y entonces le había ofrecido la ocasión de burlar su destino. El destino de uno, sin embargo, nunca era burlado, y el día en que ella le dijo que el suyo había llegado le había visto mirando estúpidamente a la escapatoria que ella le ofrecía.

La escapatoria habría sido amarla; *entonces*, entonces habría vivido. *Ella* había vivido —¿quién podría decir ahora con qué pasión?— pues le había amado por sí mismo; mientras que él nunca había pensado en ella (¡ah, con qué enormidad le ardía eso!) sino en el frío de su egoísmo y la luz de su utilidad. Sus palabras expresas volvieron a él —la cadena se estiraba y se estiraba. La Bestia había estado al acecho en efecto, y la Bestia, a su hora,

había saltado; había saltado en aquel crepúsculo del frío abril cuando ella, pálida, enferma, consumida, pero toda hermosa y quizás incluso entonces recuperable, se había levantado de su sillón para ponerse ante él y dejarle adivinar imaginariamente. Había saltado porque él no adivinó; había saltado porque ella se volvió de él desesperanzada, y la marca, para cuando él la dejó, había caído donde *tenía que* caer. Había justificado su temor y cumplido su destino; había fallado, con la última exactitud, en todo aquello en lo que estaba destinado a fallar; y un gemido subió ahora a sus labios al recordar que ella había rogado que él no lo supiera. Este horror del despertar — *este* era el conocimiento, el conocimiento bajo cuyo aliento las propias lágrimas en sus ojos parecían helarse. A través de ellas, no obstante, intentó fijarlo y retenerlo; lo mantuvo ante sí para que pudiera sentir el dolor. Eso al menos, tardío y amargo, tenía algo del sabor de la vida. Pero la amargura lo enfermó de repente, y fue como si, horriblemente, viera, en la verdad, en la crueldad de su imagen, lo que había sido decretado y hecho. Vio la Jungla de su vida y vio la Bestia al acecho; luego, mientras miraba, la percibió, como por un movimiento del aire, alzarse, enorme y horrible, para el salto que iba a liquidarle. Sus ojos se oscurecieron — estaba cerca; y, instintivamente volviéndose, en su alucinación, para evitarla, se arrojó, boca abajo, sobre la tumba.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB